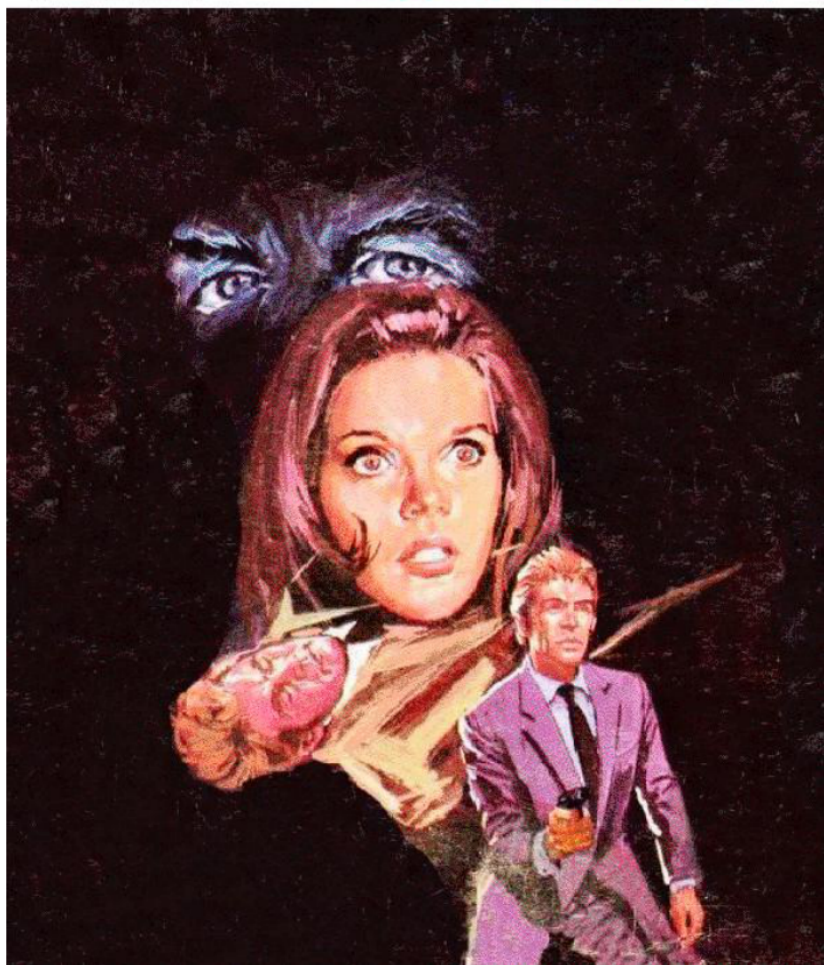


BOLSEROS BRUJERA
PUNTO
ROJO

el asesino que no existía

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

EL ASESINO QUE NO EXISTÍA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 691
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 20.309 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1975

© CURTIS GARLAND - 1975

texto

© JORGE SAMPERE - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.300. — Mi bella asesina.

En Colección **PUNTO ROJO:**
677. — Asesinatos sin asesino.

En Colección **LA HUELLA:**
35. — Dragón de Chinatown

«Leo muchas novelas policíacas, aunque desgraciadamente ya no busque en ellas el lirismo absurdo y magnífico de “Fantomas”, el encanto ingenuo de “Arsenio Lupin” o la melancólica ternura de “Rouletabille”. Lo que hoy encuentro en esas novelas es otra cosa: una fuerza, un “Ínstelo” interno (un conocimiento del corazón humano), que superan con mucho las producciones de anteriores novelistas. Me sorprende el menosprecio con que se tratan las obras de Bill Ballinger, Jay J. Dratler, William Irish, Adam Knight o Mickey Spillane, que, tanto en su conjunto como en sus detalles, muestran una especie de genio, so pretexto de que son editadas en colecciones populares.

»Se pregunta a menudo la gente si es que hay entre ellas obras maestras desconocidas. Desde que me intereso por estos autores, puedo responder afirmativamente».

Jean Cocteau, de la Academia Francesa. 1955.

CAPÍTULO PRIMERO

DANE OSBORN
939, MADISON AVENUE-PLANTA 12.
NEW YORK CITY, N. Y. 21.

Ésa es mi tarjeta de visita. Huelga mencionar en ella mi oficina está situada en la isla de Manhattan, y justamente frente a Central Park, a la altura de las calles Setenta y Cuatro y Setenta y Cinco Este. No todos los detectives privados pueden permitirse ese lujo, para ser sincero.

Yo, sí. Yo me permito ése y otros lujos. Para algo soy un detective caro. Muy caro, dirían algunos. Pero tengo ciertas ventajas sobre otros más baratos de los que pueblan esta gigantesca, sucia e inmundada ciudad de Nueva York, en la que tengo la desgracia de vivir y ganarme la vida: ellos cobran mucho menos que yo por sus honorarios, pero nunca sirven bien al cliente. Yo pongo una minuta elevada. Pero siempre dejo satisfecho a mi cliente.

Ésa es la gran diferencia entre Dane Osborn y los demás. Ésa... y las cifras escritas al final de la factura correspondiente, claro. Pero cuando algo se hace bien, es justo ser compensado por ello. Mis clientes saben que va a costarles caro visitar a Dane Osborn para encargarle un trabajo. A pesar de ello, vienen a mí. Es significativo, ¿no?

Tengo también un alojamiento, como todo el mundo. Pero ése no figura en mis tarjetas profesionales. Es una simple medida de prudencia. Un detective se granjea muchos enemigos a lo largo de su carrera profesional. Vale más utilizar las tarjetas particulares con los amigos y conocidos. Jamás con los clientes, ni con nadie relacionado con la profesión. Hasta ahora, esa medida me ha dado buenos resultados. Siempre que alguien ha pretendido matarme, lo ha intentado en mi oficina. Eso ya es algo.

Dicen de mí que soy obstinado. Especialmente, lo dice un buen amigo mío, como es el teniente Peter Aylmer, de la División de Homicidios de Nueva York. Por desgracia, he tenido que coincidir con él muchas veces, en lugares donde alguien había dejado de existir. Según el teniente Aylmer, mis «casos» acostumbran a traer consigo problemas de ese tipo. Dice que soy el detective privado que más contacto ha tenido con cadáveres, en estos últimos años. Y puede que tenga razón. Creo que el teniente Aylmer siempre tiene razón. O casi siempre.

Hablaba de mi obstinación. Sí, realmente soy un poco cabezota. No me gusta dejar sin concluir un asunto, por satisfecho que se halle ya mi cliente con la solución previa a sus problemas. Pero nunca pensé que eso llegara a crearme realmente un problema trascendental en mi vida. No lo pensé... hasta que ya estaba metido en ello hasta el cuello.

Así sucedió aquel otoño frío y desapacible, en que mi historia comienza. Así prosiguió, desgraciadamente para muchas personas, y admito que por entera culpa mía, uno de los asuntos más apasionantes y, a la vez, más increíbles e incongruentes que recuerda la historia de la criminalidad en este país. Y todos sabemos lo que es la criminalidad en los Estados Unidos. Y especialmente en Nueva York. En este bendito Nueva York, que el diablo se lleve...

Yo sigo llamando a aquel caso, inconcebible y fantástico, por un nombre que muchos han encontrado excesivamente truculento, entre ellos el propio teniente Aylmer. Pero a mí me gusta el nombre, quizá porque refleja, mejor que ningún otro, lo que realmente fue en todos sus inverosímiles detalles llenos de macabro horror. Y, a veces, no exentos de cierto humor negro, casi siniestro, como solo una mente maestra —maestra aunque sea en el crimen—, puede concebir.

Para mí, se llamó y seguirá llamándose siempre *El caso del asesino que no existía*...

—Maldita lluvia... Son ya diez días ininterrumpidos en que no cesa de caer agua sobre la ciudad —rezongué malhumorado—. Empiezo a sentirme un poco como los peces encerrados en una pecera...

Belinda me miró de reojo, sin cesar de machacar la máquina de

escribir. Siempre me he preguntado de dónde sacará Belinda tema para tanto mecanografiar.

Supongo que es algo que siempre causa buen efecto en el visitante de turno. Si aporrea las teclas deprisa, se supone que abunda el trabajo en la oficina, y eso siempre impresiona al cliente. No importa lo que se escriba. Supongo que Belinda extrae copia de cada *dossier* nuestro, luego extrae fichas individuales de ese mismo *dossier*, posteriormente fichas por fechas o detalles determinados, y así *ad infinitum*, mientras no le dé nueva tarea a realizar.

—Sí, jefe —dijo escuetamente, sin dejar de deslizar sus dedos sobre las teclas de su flamante «Underwood» eléctrica, cuyo ruido, aunque suave, producía esa estudiada impresión de eficacia y actividad, tan importantes para todo negocio, aunque ese negocio sea el de ejercer tareas de investigador a sueldo de cualquier persona en apuros, sea por motivos conyugales o de cualquier otro tipo similar, materia que cubre un ochenta por ciento de la labor de cualquier detective profesional. Y añadió, haciendo un esfuerzo, mientras tomaba de la gaveta de su mesa una pastilla de goma de mascar—: Llueve demasiado. La humedad es terrible estos días.

Eso era todo. Era mucho, para venir de Belinda, mi secretaria. Ella era muchacha de poca locuacidad, por extraño que eso resulte en una mujer. Había quien me decía que había obtenido un auténtico mirlo blanco al contratarla como secretaria, y posiblemente tuvieran razón en opinar así.

Dejé a la muchacha con su goma de mascar y su máquina. Volví a mirar tristemente a la calle, a través del cristal empañado de la ventana y la correspondiente cortina de agua que caía sobre Manhattan insistentemente. Estaba esperando a alguien. A un cliente. Y no podía tardar en llegar. Habitualmente, era puntual. Mi reloj marcaba ahora las cuatro treinta de la tarde. Entre esa hora y las cinco, tenía prevista su visita a mi oficina.

No, no podía demorarse. Nunca lo había hecho. Esta vez, existían menos motivos para pensar que sucediera lo contrario. Y así fue.

A las cuatro y treinta y ocho minutos, vi el coche rojo guinda, entrando por la Calle Setenta y Cuatro. Se detuvo frente al edificio de mis oficinas, en el nuevo *parking*. Descendieron dos personas: un hombre y una mujer.

—Ya llegan —suspiré, volviendo hacia el interior de la oficina. Miré a Belinda, que me contemplaba por encima de su máquina de escribir y del papel enrollado en su rodillo—. Será mejor que me deje solo. Es un asunto muy confidencial. Escriba en el despacho de recepción.

—Sí, jefe —aceptó con su docilidad habitual. Y desapareció de mi vista, sin objetar nada. Era una chica admirable. Un momento más tarde, el tecleo resonaba activamente en la antesala de mi despacho.

Me senté tras mi mesa de trabajo, esperando. Oí el tintineo de la puerta vidriera al ser abierta. Hubo un murmullo de voces. Se abrió mi puerta y asomó Belinda.

—Señor Osborn, el señor y la señora Vaughan desean verle. Dicen que usted les esperaba —me habló con la fría eficiencia impersonal de cualquier secretaria vulgar.

—Sí, gracias, señorita Bell —respondí en igual tono profesional—. Hágales pasar, por favor.

Se hizo a un lado. Entraron los Vaughan en mi despacho. Discretamente, Belinda cerró la puerta vidriera que me separaba del antedespacho. Me quedé a solas con Thorley y Hazel Vaughan, mis clientes. Estreché su mano cortésmente y les invité a sentarse en los dos asientos tapizados de cuero rojo oscuro que había al otro lado de la mesa. Yo ocupé el mío, azul. Nos miramos unos momentos en silencio. Sólo eran audibles los ruidos de la máquina de escribir, activada por Belinda, y de la lluvia, allá en el exterior.

—Bien, señores —dije apaciblemente, contemplándoles risueñamente—. Supongo que esperan los resultados de mis investigaciones, ¿no es cierto?

—Sí, señor Osborn —habló prestamente Thorley Vaughan con tono enérgico—. Mi esposa y yo estamos deseando saber la causa de su cita aquí para hoy...

—Es evidente, señor Vaughan —sonreí—. Les dije que sólo les llamaría cuando llegase a descubrir la verdad.

—¿Y... la ha descubierto? —Se quedó sin aliento ella, inclinándose hacia mí con mirada muy atenta, conteniendo incluso su respiración.

—Sí, señora Vaughan —sonreí—. Lo he descubierto.

—No es posible... —tartamudeó Thorley Vaughan—. No me dirá

que en sólo estos pocos días, usted ha... ha logrado descubrir quién... quién...

—¿Quién quiso matarles a usted y a su esposa? ¿Quién mató a su secretario, confundiéndole con usted mismo, señor Vaughan? —suspiré afirmando—: Sí, lo sé. Ya lo he descubierto. No era difícil. No para mí, señores.

—Le ofrecí cinco mil dólares por esa respuesta, señor Osborn —silabeó Vaughan, con voz seca—. Soy hombre de negocios. Si hice tal oferta es porque sabía que no era fácil ganar ese dinero. ¿Va a creer que puede engañarme con un truco?

—Me ofende, señor Vaughan —dije con frialdad—. Yo no uso trucos.

Simplemente busco resultados. Cuando los obtengo, se los ofrezco a mi cliente, junto con mis honorarios. Como cualquier profesional.

—Al grano —su tono era el adecuado para lo que decía ser: un hombre de negocios. Añadió abrupto—: Quiero un nombre. Y unas pruebas. Eso bastará. Si me convence, cobrará su dinero. Le extenderé ahora mismo su talón por cinco mil dólares, señor Osborn. Pero piense bien ese punto: debe convencerme. Totalmente. Sin lugar a dudas.

—Espero hacerlo —moví la cabeza sin cambiar mi postura en el asiento. Señor Vaughan, su caso es endiabladamente fácil. Casi me siento avergonzado de cobrar tal suma por tan poco esfuerzo.

—¿Usted dice eso? —tartamudeó asombrado—. La policía fracasó en las investigaciones. Nadie aportó evidencia o indicio alguno. ¡Y usted asegura que era algo así como tarea de niños!

—Algo así —admití apaciblemente. Miré a ambos. Al alto, fornido, algo canoso Thorley Vaughan, con sus facciones rudas, sus ojos azules, su indomable energía; y a la rubia, esbelta y aristocrática señora Vaughan, educada y sobria, altiva y llena de orgullo detrás de aquella dulce máscara de belleza clásica que era el óvalo de su rostro. Después, respiré con fuerza y añadí, tajante—: No es un final fácil. Pero es un final, señores. Su secretario fue asesinado, señor Vaughan, como ustedes bien saben. Llevaba un abrigo de color semejante al suyo, y la claridad era muy difusa en el jardín de su residencia de las afueras de Nueva York. Eso facilitó el error del asesino, evidentemente. Pocos días antes, ambos habían

sido víctimas de un atentado: usted y su esposa, ¿no, señora Vaughan?

—Cierto —se estremeció ella, vacilante. Cerró sus párpados, y al no ver aquellos serenos ojos ambarinos, de dorados reflejos, pareció que el día lluvioso se volvía aún más triste en mi oficina—. Fue un ataque criminal, sin duda alguna. En eso, todos estuvimos de acuerdo: la policía, el personal de servicio, Dennis... y nosotros. Dennis era Lawson, por supuesto. El secretario de Thorley, que moriría días más tarde, al equivocarse el asesino en su segundo intento, señor Osborn.

—Recuerdo todo eso —asentí, echándome atrás en mi asiento—. La forma elegida para matarles a ustedes dos, fue un escape de gas en el garaje, la puerta atascada, sin poderse abrir una vez cerrada... Pero Dennis les salvó la vida, ¿no es cierto?

—Sí —susurró Thorley Vaughan, estremeciéndose—. Dennis pasó providencialmente por el jardín en esos momentos, cuando golpeábamos la puerta, justo el día en que el servicio tenía su tarde libre... Él fue quien nos sacó de allí. Y el pobre murió días más tarde en mi lugar...

—No, señor Vaughan. El no murió en su lugar. El murió... porque tenía que morir.

—¿Qué? —balbuceó Thorley Vaughan, estupefacto.

—¿Cómo ha dicho? —susurró la señora Vaughan, palideciendo intensamente.

—Ya me han oído —les miré duramente—. Creo que ambos lo saben. Lo supieron siempre. El atentado en el garaje era falso. Estudiado. Se sabía que Dennis estaba allí. Incluso tenía que reunirse con usted en el garaje, justo cuando tuviera lugar el escape de gas...

—¡Eso no es posible! —rechazó Hazel Vaughan, abriendo mucho sus bellos ojos.

—Desgraciadamente, sí lo es, señora Vaughan —afirmé—. Aunque usted no lo supiera... su esposo no corría ningún peligro. Porque él, y solamente él, dispuso ese supuesto atentado, sabiendo que serían salvados a tiempo... y él mató a su secretario, Dennis Lawson. ¿No es verdad, señor Vaughan, que así sucedieron las cosas?

—Tú... Thorley, no es posible que tú seas...

—¡Hazel! —la atajó él bruscamente, con gesto violento—. ¿Es que vas a creer en la fantasía de este hombre? ¡Osborn, o está usted rematadamente loco, o pretende burlarse de nosotros, con muy pobre sentido del humor!

—No, señor —negué con firmeza—. Usted sabe que no es así. Le he acusado a usted. Además de ser mi cliente es el culpable. Es una desgracia, pero así son las cosas. Señora Vaughan, quizá usted pueda tener conocimiento de algún motivo para que su esposo deseara matar a Dermis Lawson, su secretario.

—Thorley, ¡tú le odiabas! —le acusó ella, de súbito—. ¡Odiabas a Dennis, creías que entre él y yo había algo, sólo porque él se preocupaba de mí mucho más que tú mismo! ¡Eran celos, Thorley, tus malditos celos hacia él y hacia mí! ¡Eso debió de dictarte lo que...!

—¡Calla, estúpida! —La frenó con un seco bofetón al rostro, que sacudió la rubia cabeza de un lado a otro, con violencia—. ¿No te das cuenta de que estás tú misma echando tierra sobre mi tumba, con esas sucias insinuaciones? ¡Osborn puede llamar a la policía y entregarme si le place, afirmando que tú misma me acusaste abiertamente!

—No, señor Vaughan —dije con calma—. Yo soy detective privado, no policía. Y usted es mi cliente. No puedo denunciarle a la justicia. Sería muy poco ético por mi parte, créame... Lo que hará usted es... entregarse cuando salga de aquí. O llamar a la policía. Si acaso, deje que lo haga su esposa. Poseo pruebas, ¿comprende?

—¡Pruebas! —aulló Thorley Vaughan—. ¡Mentira, Osborn! ¡No puede tener prueba alguna de esa paparrucha suya!

—Señor Vaughan, sí las tengo. Y son suficientes. Yo nunca dejo un asunto sin resolver totalmente. Le citaré algunos detalles, que se lo probarán sin lugar a dudas: el arma que mató a Lawson. La hallé entre sus cosas. Iban dos testigos conmigo, que firmaron tal cosa. Es una pistola con silenciador. Estaba en su propio despacho de la Financiera Vaughan, bien lo sabe. Lo mismo que ciertos documentos y una agenda, propiedad de Lawson. Todo en su poder, en una bolsa de plástico. Debió deshacerse de ello. Es demasiado delator conservar algo así. Imagino que tendría sus motivos para... ¡Señora Vaughan, cuidado! ¡Su esposo...!

Repentinamente, ella miró a Thorley. Descubrió el tono lívido,

casi verdoso, del rostro de su marido. Observó la espuma que asomaba entre sus labios apretados... Se precipitó hacia él, asustada.

—¡Thorley, Thorley! ¿Qué te sucede? —jadeó, llena de angustia.

Me precipité hacia el teléfono. Pedí un número de urgencia médica. Pero sabía que era completamente inútil, Thorley Vaughan se había matado. El veneno que mordiera durante la exposición de los hechos, era sin anda de gran potencia. Cuando le asistieran, sería ya demasiado tarde.

—Lo siento, señora —murmuré, al colgar, tras informarme de que una ambulancia acudía a Madison urgentemente—. Lo siento de verdad. Fue él mismo quien quiso esa verdad...

CAPÍTULO II

—Enhorabuena, Osborn —me deseó el teniente Peter Aylmer, de Homicidios—. No sé cómo pudo hacerlo tan rápido, pero lo hizo. Desgraciadamente, la justicia ya no puede ocuparse del culpable. El mismo resolvió ese problema. Pero usted tiene sus honorarios...

—Sí —suspiré, agitando el pequeño papel rectangular de color verdoso—. Cinco mil dólares al portador. Firmado por la señora Vaughan...

—No puede quejarse, aunque perdiera a su cliente, Osborn —sonrió risueñamente el policía, palmeando mi hombro con aire jovial—. Sus honorarios no sufrieron merma. No todos los negocios tienen tanta fortuna.

—Sí, lo admito —guardé el documento bancario en mi bolsillo, encogiéndome de hombros—. Ella es toda una dama. Se creyó moralmente obligada a cumplir lo que su esposo no podía ya llevar a cabo.

—De modo que un aparente enemigo misterioso, un criminal competidor financiero de Thorley Vaughan tal vez... se redujo a él mismo. Era sólo una coartada para justificar un vulgar crimen pasional. Conociendo su modo de ser y de pensar, Osborn, debe sentirse muy decepcionado con este caso...

—Justo —asentí, mirándole—. Usted lo ha dicho, teniente. Muy decepcionado. Tanto, que no logro entender muchas cosas.

—¿No dijo que había resuelto el caso? —se extrañó el policía, enarcando sus cejas pelirrojas y pobladas.

—Sí, sí. Un caso demasiado sencillo, siempre lo dije. Fue fácil hallar las evidencias, recomponer las piezas del *puzzle*... Una doncella había sido testigo casual de la conversación en la que Thorley Vaughan dijo a Dennis Lawson que bajara sin falta al garaje aquella tarde a las cinco en punto, porque tenía que hablar con él de algo urgente y bastante serio. Insistió en ello, y Lawson confirmó

que no faltaría. Conservó, además, el arma con que mató a su secretario, documentos de éste, una agenda... Insisto, teniente, demasiado fácil todo.

—¿Qué quiere decir? —Se intrigó Aylmer, estudiándome perplejo.

—No lo sé. Creo que hay algo raro en todo eso. No me siento nada satisfecho.

—¿Con un caso resuelto, cinco mil dólares en su cuenta... y no está satisfecho?

—Así es, teniente. Vaughan llevaba en su dentadura una cápsula de veneno para matarse, llegado el caso. ¿Por qué? ¿Es que estaba tan seguro de que se descubriría la verdad? Además, ¿por qué me encargó a mí de descubrir a un culpable que era él mismo?

—Tal vez formando parte de su buena coartada anterior... —sugirió Aylmer, arrugando el ceño.

—No, teniente. Hubiese elegido a otro detective de inferior capacidad. Alguien que nunca llegara a resolver el asunto.

—Vaya por Dios, había olvidado su natural modestia, Osborn —rió Aylmer entre dientes.

—Digo la pura verdad, teniente. Es como si él hubiera querido ser descubierto.

Pero eso no tiene ningún sentido, ¿verdad?

—Ninguno, amigo mío —resopló el policía, por una vez de acuerdo conmigo.

—Sin embargo, estoy seguro de que el caso no terminó así. No puede ser éste el final.

—Cielos, Osborn, ¿qué más quiere? Pruebas, evidencias, un envenenamiento al verse desenmascarado ante su esposa... Hay motivo, coartada, prácticamente todo.

¿Necesita algo más?

—Sí —dije gravemente—. Necesito saber por qué un hombre que ha cometido un crimen desea ser desenmascarado... se quita la vida en ese momento. Necesito saber por qué oculta unas pruebas acusadoras donde puedan ser halladas sin mucha dificultad... y por qué contrata al mejor detective de Nueva York para que no fallen sus planes.

—Sinceramente, Osborn, no le entiendo —se quejó el teniente Aylmer—. Está tratando de sacar algo de donde no hay. ¿Por qué

diablos no deja de dar vueltas en su cabeza a ese asunto, lo olvida de una vez, y piensa en un futuro cliente? Es lo que haría cualquier otro detective de Nueva York.

—Exacto —sonreí—. Lo que haría cualquier otro detective. Pero no yo. Y me pregunto si no fue eso mismo lo que pensó Thorley Vaughan del caso y poner fin a su vida...

—¿Qué quiere decir, Osborn?

La miré. Parecía realmente desorientada, y no se lo reproché. Mi actitud no tenía clara explicación para ella. Esperaba que, cuando menos, la tuviese para mí, en su momento.

—Verá, señora Vaughan —hablé con lentitud—. Es difícil exponer el asunto, ahora que todo ha pasado y usted se hallará bajo los efectos de... de todo ese cúmulo desgraciado de tragedias que le ha tocado vivir, pero... pero me gustaría preguntarle algo.

—¿Preguntarme? ¿A mí? —se sorprendió—. Creí que usted era quien lo sabía.

—Puede burlarse de mí, señora. Lo tengo merecido —sacudí negativamente la cabeza—. No, no lo sé todo, ni mucho menos. Pero a veces soy un poco presuntuoso, lo admito.

—No me burlo, Osborn —me puso una mano casi afectuosa sobre el brazo, en señal de simpatía, acaso de gratitud, pero la retiró enseguida, y su sereno rostro de mujer de gran mundo social recobró su habitual arrogancia—. En serio, ¿es que yo puedo responder a alguna pregunta suya?

—No lo sé aún. Por eso he venido a verla.

—¿Sobre..., sobre Thorley?

—En cierto modo.

—¿Acaso... sobre Dennis Lawson? —Le tembló levemente la voz.

—Puede que también. Afecta a todos. Incluso a usted.

—¿A mí? —Su sorpresa iba en aumento.

—Es una pregunta un poco... indiscreta, señora. Demasiado íntima, diría yo. Pero creo que debo hacérsela, aunque usted, naturalmente, es muy dueña de negarse a contestarme.

—Termine de una vez, Osborn. Cuando sepa la pregunta, sabré si existe respuesta.

—Señora Vaughan..., ¿usted amaba realmente al señor Lawson? ¿Hubo algo entre ustedes?

—Osborn... —Se quedó sin aliento. Me miró atónita, pero reaccionó bien. Sorprendentemente bien. En vez de darme un puntapié o arrojarme de su casa, me respondió como si tal cosa—: Sí. Sentía algo por Lawson. Y hubo algo con él.

¿Satisfecho?

—Claro, señora. Agradezco su sinceridad. Mi pregunta, sin embargo, tenía tres interrogantes muy unidos entre sí. Falta el último.

—Dígame cuál es —habló con una paciencia rayana en la santidad.

—¿Su esposo era celoso, realmente?

Ésa sí fue una sorpresa. Un verdadero impacto, para ser sincero. La vi pestañear, aturdida. Tuvo una respuesta en sus labios, casi espontánea. Pero apretó la boca.

Luego, despacio, movió la cabeza, Negativamente.

—No —admitió—. Eso es lo raro. Jamás fue celoso. No lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende?

—Ahora que usted lo ha preguntado, Osborn..., me doy cuenta exacta de que la actitud de mi esposo era... era ridícula, sin sentido. El nunca hubiera matado a nadie por celos.

—Pero mató a Lawson. Sí. Mató a Lawson, señora. De eso no hay duda. El arma, incluso, tenía su huella en el gatillo. Se comprobó todo. Fue él quien cometió el crimen.

—¿Por qué tuvo celos precisamente esa vez? Entre él y Lawson no había enemistad alguna...

—¿Seguro?

—Por completo. Confiaba totalmente en él.

—¿Cuánto tiempo llevaba Lawson en el empleo, como secretario de su esposo?

—Un año. Era un buen recomendado de su mejor amigo.

—¿Recomendado? —Enarqué las cejas—. ¿De quién?

—De Paul van Eysen.

—¿El millonario Paul van Eysen, el arqueólogo, coleccionista y fanático del arte?

—El mismo, sí. Uno de los mejores amigos de mi esposo, e incluso a veces socio suyo en determinadas finanzas. Un hombre recomendado por él, tenía que tener su total confianza. Y Van Eysen

es hombre que difícilmente confía en alguien.

—Sí, he oído hablar de eso —acepté, pensativo. Luego moví la cabeza preocupado—. Creo que es todo cuanto deseaba preguntarle, señora.

—Osborn, me ha intrigado usted. ¿Busca algo más, después de aclarado aquel triste asunto? ¿Algún cliente se ha interesado por... por nosotros?

—No, señora —negué—. Esta vez no tengo cliente, aunque parezca raro. Yo soy mi propio cliente... porque no estoy conforme con algo de lo sucedido.

—¿No está conforme? ¿Con qué? —me preguntó ella.

—Con la muerte de Lawson. Ni con la muerte de su esposo —dije, llegando a la puerta y abriéndola, decidido, al tiempo que hacía una cortés inclinación de despedida—. Ni con los motivos de ese crimen. Ni con nada de cuanto le rodea... Adiós, señora.

Cerré, con la imagen de sorpresa de su rostro grabada en mi retentiva. Me tropecé con un hombre alto, elegante, vestido enteramente de gris, de gafas de montura plateada que me miró sorprendido, llevando en sus manos un portafirmas con documentos.

—Perdone —me pidió correcto—. Soy Patrick Sears, secretario de la señora Vaughan, en la actualidad. En realidad, sólo trato de ayudarle hasta que todo esto se organice, tras la desaparición del señor Vaughan. Pero, realmente, trabajo en el cuerpo de secretaría y recepción del señor Paul van Eysen... ¿Su visita a la señora Vaughan es por motivos financieros?

Van Eysen otra vez. Como Dennis Lawson, el secretario asesinado. Negué con la cabeza, alejándome.

—No —dije—. No es por motivos financieros. Adiós, señor Sears.

Y cruzó otra puerta, sin aclararle nada más al eficiente colaborador de la bella viuda. Poco después, salía del enorme, monstruoso edificio de la Vaughan Incorporated, con la rara e inquietante sensación de que cada una de sus mil ventanas era un ojo maligno, fijo en mi nuca.

Tal vez todo hubiera pasado como un error. O un exceso de imaginación. O un alarde mío de obstinación. Pero todo eso cambió súbitamente.

Lo que lo hizo cambiar fue un incidente repentino. Pudo ser también accidental. Pero enseguida supe que no lo era. Y aunque estuviera en un error, valía la pena seguir adelante con mis propias ideas, aunque me estrellase contra un sólido muro.

El incidente tuvo lugar dos días después de visitar a la señora Vaughan. Y ese incidente ocurrió al salir de mi oficina, a mediodía, camino del lugar donde habitualmente almorzaba, no lejos de Madison, en la Calle Setenta y Cinco Este.

Apenas inicié el paso por la zona de peatones, al ver luz verde, sentí el rugido del motor. No podía saber lo que era, pero un detective privado posee instinto. Y un sinfín de cosas más. Creo que, de otro modo, no seguiría respirando en este mundo.

Giré la cabeza a mi izquierda. Vi arrancar vertiginosamente el vehículo. Era un poderoso «Chevrolet» oscuro, aunque si me hicieran ahora apostar la cabeza o la mano por su color real, no podría hacerlo. De modo que insistiré que era solamente eso: oscuro. Lo importante no era su color. Era su motor. Y en su intención. Sobre todo, su intención.

Se precipitó sobre el paso de peatones como un monstruo rugiente. Una mujer gritó, deteniéndose a tiempo, para no seguir adelante. Yo no podía ya hacer eso: estaba, justamente, en medio de su propia ruta. Si me detenía, me arrollaba. Si echaba hacia atrás, lo mismo. Y si daba un paso adelante... mi suerte era idéntica. No había tiempo de nada más.

Opté por la única solución posible. Salté. Pero salté hacia el propio coche, cuando caía ya sobre mí, a punto de arrollarme con sus neumáticos, convertidos en rodillo mortal. Golpeé con mis brazos, protegiendo cuerpo y cabeza, sobre la capota, saltando luego, en segundo impulso, para volar sobre el parabrisas, sin tocarlo, rebotar con mis piernas flexionadas en el techo del vehículo y de allí rodar al asfalto de nuevo... a espaldas del que hubiera sido, en caso contrario, mi despiadado asesino de metal, movido por un frío corazón de igual materia, con sangre de maloliente gasolina en sus venas. Y, sobre todo, con unas manos homicidas al volante.

Las manos...

Mientras el maldito «Chevrolet» se alejaba en la calle repleta de tránsito, burlando una serie de señales y de normas, y mi cuerpo rodaba, dolorido, por el gris asfalto, iba pensando en eso de un

modo mecánico, casi puramente instintivo. Una forma de pensar que era parte de mi propia profesión.

Manos al volante. Manos enguantadas. Creo que con modernos guantes agujereados, deportivos. Manos masculinas o femeninas, ¿qué diablos podía importar eso? Y un rostro que era sólo una mancha borrosa tras el parabrisas. Una mancha turbia, que no podía identificar bien. Creo que aquel tipo llevaba algo encima: una máscara, un objeto que le cubriera el rostro o algo parecido. Quizá una simple media de nylon, que es lo más eficaz para convertir una cara humana en una careta grotesca e irreconocible.

Miré a lo largo de la calle. Percibí un lejano silbato policial. Pero no tuve fe en sus resultados. Algo me dijo que aquel oscuro coche asesino escaparía fácilmente entre el tránsito callejero... o se metería en cualquier lugar donde un simple cierre de alguna puerta, mantendría impune al agresor.

Me incorporé, sacudiendo de polvo mis ropas. Algunos acudieron en mi ayuda, muy pocos. La solidaridad humana hace tiempo que se olvidó. La gente, cuando quiere olvidar algo, lo hace deprisa.

—No es nada —los espanté como si fueran moscas en un clima cálido—. Seguro que no es nada, señores. Gracias, muchas gracias... No es nada, palabra...

Seguí adelante, hacia la cafetería inmediata. Un atentado a mi vida era poca cosa para quitarme el apetito tras una mañana de trabajo. Entré en el local.

Casi me di de bruces con ella. Hice oscilar su bandeja del *Self-service*, y sólo un milagro de equilibrio impidió J peor: Nos quedamos mirándonos, y la disculpa murió en mi garganta, cuando ella lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡No es posible! ¡Eres tú! ¡Dane en persona! ¡Por nuestro *alma mater amado*!

—Por el *alma mater* querido, y por sus principios y normas sagradas —repetí, casi burlón. Luego puse mis manos sobre los hombros femeninos—. Hy Henreid en persona... Me siento feliz de verte, muchacha...

—¿Muchacha? Algo más que eso: doctora. Doctora Henreid...

—¿Doctora? —La estudié, perplejo. Parecía la misma. La del *alma mater*. La compañera de Universidad cuando yo aún pensaba

en la posibilidad de ser algo más que un simple detective privado—. ¿En qué, Hy? ¿Derecho, Filosofía...?

—Oh, Dane, me ofendes —rió de buena gana—. En Medicina.

—¿Medicina? Creí que preferías otra cosa, aunque ya habías iniciado la carrera, dejándola luego...

—Cambié de idea. Mi padre murió. Tuve que elegir. Medicina era lo más rápido.

Lo que yo dominaba. Terminé la carrera y practiqué en el Medical Center. Ahora tengo el título. Y dos o tres años de experiencia directa. Es fascinante, pero quizá tengas razón. No era lo que me atraía, Dane. Así es la vida. Tú sí elegiste tu propio camino...

—¿Deliras? —Sacudí la cabeza tomando una bandeja, eligiendo alimentos del *self-service* y acompañándola a su propia mesa—. Yo elegí mucho peor que tú. Pero no me quejo. Uno se equivoca en estas cosas una sola vez. No vale volver atrás. Sigo siendo lo que escogí.

—Me dijeron que eras... policía —rió ella entre dientes, de buena gana.

La miré. Frente a mí, al otro lado de la mesa, parecía la misma muchacha que conocí en la Universidad. Iguales cabellos caoba, iguales ojos verdes, casi pardos de puro oscuro e inconcretos, labios carnosos y atrevidos, facciones modernas y seductoras. Pero habían pasado cinco años casi. Ella era doctora en Medicina. Yo, detective privado. Ella soñaba entonces con profesar Filosofía y Letras. Yo, con ser algo, cualquier cosa. Menos detective, claro...

—No —negué—. No soy policía. Puede parecerse, pero no es eso. Solo... detective.

—¿Detective? —Enarcó sus cejas rojizas, suaves y delicadas. Se echó a reír—. Oh, no me digas que eres como ese Bogart que vi el otro día en un retrospectivo de la televisión...

—Algo así —convine, malhumorado—. Pero él era más feo.

—Sigues siendo un presuntuoso, Dane.

—Y los personajes de las novelas nunca son realmente listos. Sus creadores pretenden que lo sean. Eso es todo. Desde Conan Doyle hasta Hamlet. Yo tengo que serlo en la vida real, lo cual es mucho más difícil.

—Oh, Dane, me decepcionas —se quejó Hy Henreid—. Pensé

que los años te harían menos cínico, menos engreído...

—Los defectos aumentan con la edad —objeté—. No te sientas decepcionada tan pronto, Hy. ¿Sabes una cosa? Han intentado matarme...

—¿Qué? —Los ojos color nublado se abrieron enormemente, fijos en mí.

—Hace un momento, en la calle...

—¿Cuándo venías hacia aquí? No me digas que esos gritos, esos coches, ese escándalo de hace poco, los silbatos policiales...

—Sí, eso era. Intentaron arrollarme. Pero han fracasado, Hy. Eso no quiere decir que lo intenten otra vez...

—¿Fracasado? ¿Otra vez? —Su gesto reveló casi terror—. Dane, eso significa que..., que tu vida peligra. Que alguien desea asesinarte...

—Sí, es cierto. Pero tengo la piel dura. Ya pasé por situaciones peores. Eso curte a uno.

—Me asustas, Dane. No pareces el mismo de la Universidad...

—Tú, en cambio, no has sufrido alteración alguna, eres la misma de entonces.

—Nadie es como cinco años atrás, Dane. Todos cambiamos en algo, te lo aseguro, pero nos hemos encontrado, y eso es lo que cuenta. Me gustaría verte más a menudo. Ahora trabajo cerca de aquí por unos meses, como doctora auxiliar en diagnosis en el Manhattan Medical House. Vengo a almorzar con cierta frecuencia...

—No te vi antes de ahora, pero TÍO coincidíamos quizá en el horario, Hy —sonreí, oprimiendo sus suaves manos sobre el mantel de la mesa de la cafetería-*snack*—. Pero va a ser diferente. Nos veremos de nuevo. Aunque es posible que no te convenga estar a menudo cerca de mí. Soy una persona que puede traer mala suerte. Depende de los enemigos que tenga.

—Y ahora... —Se intrigó ella, mirándole con sus ojos muy abiertos—, ¿tienes enemigos, Dane?

—No lo sabía hasta hace unos pocos minutos..., —sonreí pensativo. Luego afirmé—: Sí, Hy. Los tengo. Mortales enemigos. Tanto, que quisieron eliminarme. Y lo curioso es que no sé siquiera el motivo... aunque pueda adivinarlo.

—¿Y ese motivo... cuál es, Dane?

—Mi obstinación —dije, irónico—. Mi obstinación en buscar la razón de algo que ya sucedió. Ahora, sí. Ahora estoy seguro de que esa razón existe. Y que hay algo más que un simple asesinato pasional, detrás de lo que investigué hace poco... Algo que estoy dispuesto a encontrar, porque me pagaron por ello, y tuve un cliente que ahora está muerto, Hy.

—No entiendo lo que dices.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien. Pero sé que no voy a detenerme ante nada ni ante nadie. Y que solamente si me asesinan, podré ser detenido en esta búsqueda.

—Pero búsqueda..., ¿de qué? —se interesó la doctora Henreid.

—Eso es lo extraño, Hy —confesé lealmente—. No lo sé. Ni siquiera yo mismo sé lo que estoy buscando..., pero me siento dispuesto a encontrarlo.

Hy me miró, pensativa, sin saber qué decir. En realidad, ella no podía saber de qué se trataba mi problema actual. Iba a explicárselo, cuando el encargado del *snack*-bar llamó en voz alta, desde el mostrador del local:

—Señor Osborn, al teléfono... Señor Dane Osborn, al teléfono...

Acudí rápidamente al mismo, disculpándome con Hy. Tomé el auricular.

—Aquí Osborn —dije—. ¿Quién llama?

—¿Osborn? —Sonó la voz—. Si busca la verdad sobre Thorley Vaughan, ¿por qué no pregunta por una persona llamada Howard Maxwell? Puede que eso le aclare algo las cosas... si le dejan vivir para ello.

Colgaron. Pese a cuánto intenté para reanudar la conexión, fue inútil. Volví, pensativo, a la mesa que compartía con Henreid, mi antigua amiga Hy, de la Universidad. Me dejé caer en mi asiento, realmente preocupado por aquella llamada anónima, tan breve y tan oscura en su significado.

—¿Algo funciona mal? —me preguntó Hy, arrugando el ceño, intrigada.

—No lo sé —dije—. Pero me temo que sí.

Y aún estuve más seguro de ello cuando, al tratar de localizar al misterioso ser llamado Howard Maxwell, a través de mi buen amigo, el teniente Aylmer, éste mismo me comunicó con voz seca y sorprendida:

—Lo siento, Dane. No creo que pueda servirte de nada el tal Howard Maxwell... Ha muerto hoy mismo.

CAPÍTULO III

Otro muerto.

Empezaba a dar la razón al buen amigo Aylmer. La muerte parecía seguir mis pasos, con sospechosa asiduidad. Y yo no era Orfeo. Soy presuntuoso, pero no hasta el extremo de pensar que pueda sentirse la Muerte enamorada de mí. Me falta algo de belleza masculina. Poca, ésa es la verdad. Pero me falta.

Miré al teniente Aylmer con gesto culpable, casi como si hubiera sido yo el tipo que mató a Howard Maxwell. El me estudió, silencioso. Sacudió la cabeza, pensativo. Le noté muy contrariado, muy lleno de disgusto, por alguna razón que atribuí al propio hecho.

Estudí el cadáver. Howard Maxwell era un hombre joven y fuerte. Vestía bien, ropas de buen tejido y excelente corte. No me recordaron en nada los trajes en serie de los grandes almacenes. Era un hombre de considerable posición social y económica, evidentemente.

Le habían tapado con una sábana, que tuve que alzar a medias para examinar su aspecto. Luego, dejé el tejido, alejándome del cuerpo, junto al teniente Aylmer. El me miró fija y desconfiadamente.

—¿Por qué, Osborn?

—¿Por qué? —Le miré, asombrado—. ¿El qué, teniente?

—¿Por qué su interés por Maxwell? ¿Lo conocía usted?

—No —confesé—. Nunca le vi antes de ahora.

—¿Entonces...?

Traté de explicarle los hechos, pero temí que no los entendiera demasiado bien. Comenté entre dientes, sacudiendo la cabeza:

—Un anónimo, teniente. Alguien me pidió que buscara a Maxwell. Y lo he encontrado...

—Un poco tarde quizá, ¿no es cierto?

—Sí. Muy cierto —estudié el bulto bajo la sábana. Miré a mi alrededor a los muebles y elementos decorativos, costosos y no demasiado suntuarios, pese a todo. Eso denotaba gusto y buen sentido por parte del difunto. Pero esos méritos no devuelven la vida a nadie, que yo sepa—. Teniente, usted sabe más que yo sobre todo esto. ¿Quién era realmente Howard Maxwell?

—En principio, y fundamentalmente, un hombre rico y de buen gusto, como ya habrá notado. Luego... un buen financiero y un excelente industrial. Además de todo eso... colaborador directo y socio en diversos negocios de Paul van Eysen. Paul van Eysen.

Estaba empezando a cansarme de oír su nombre por todas partes. Parecía omnímodo y omnipresente. El multimillonario estaba en todos los lugares y parecía relacionarse con todo el mundo. Miré muy fijamente a Aylmer.

—Empiezo a creer que hay alguien interesado en que me relacione, de un modo u otro, con Van Eysen.

—¿Usted cree? —dudó el policía. Me estudió atentamente—. ¿En qué asunto está metido ahora, Osborn?

—Eso es lo gracioso. No estoy metido en ninguno. Sólo en una especie de continuidad en otro asunto ya pasado. Ya no me paga nadie. Pero cuando yo no veo claro algún asunto, por muy resuelto que esté oficialmente, sigue preocupándome. Y sólo si lo resuelvo todo, a mi entera satisfacción, dejo de trabajar en ello.

—Eso significa que sigue el caso Vaughan... —apuntó ladinamente Aylmer—. ¿Es así?

—Pudiera ser —dije sin comprometerme—. De cualquier modo, creo que es mejor seguir adelante un poco más, antes de estar seguros. Yo también me siento confuso, Aylmer. He estado a punto de ser atropellado por un coche. Pudo ser accidental. Pero el coche desapareció, sin ser localizado. Ahora, Maxwell ha muerto. Violentamente además, ¿no es así?

—Yo sí le llamaría violencia a ser degollado, la verdad —rió entre dientes, con sarcasmo, mi amigo el teniente de Homicidios. Luego me miró furiosamente—. Oh, Osborn, ¿por qué no dejas esto de una maldita vez? Ya no es sólo un asunto familiar. Si, realmente, esto se relaciona con la muerte de Lawson, el suicidio de Vaughan y todo eso... lo cierto es que debe dejar el caso en mis manos y dedicarse a su simple trabajo detectivesco en la oficina, siempre que

un cliente le encargue algo.

—Teniente, tuve una vez un cliente llamado Thorley Vaughan —dije secamente—. El me encargó un trabajo que cumplí. Por desgracia él mismo era culpable... y se suicidó. Su viuda me pagó la factura. Sería injusto aceptar ese dinero, sin haber resuelto totalmente el caso.

—¿A qué le llama usted *totalmente*?

—A dejarlo todo resuelto. Absolutamente todo, sin cabos sueltos. Su esposo se mató ante ella y yo, es cierto. Llevaba veneno en la boca. ¿Por qué? ¿Por qué me encargó descubrir un crimen del que él mismo era culpable? ¿Por qué, cuando dije a la viuda que no todo estaba claro, alguien intentó matarme, y una llamada anónima me pidió que me relacionara con Howard Maxwell, asesinado en su domicilio antes de que yo llegara a hablar con él? Todo eso es lo que me inquieta, teniente. Y no pienso renunciar a descubrirlo, porque los cinco mil dólares de los Vaughan cubren también esa contingencia. Nunca me convenció un caso tan fácil y tan cómodamente resuelto. Tenía que haber más. Y lo hay. Sé que lo hay. Lo buscaré, no lo dude. Sea donde sea, lo buscaré.

—Muy bien —rezongó el teniente, malhumorado—. ¿Y dónde piensa buscar ese imposible, amigo Osborn?

—Creo que, fundamentalmente, en una persona: Paul van Eysen.

—Lo siento, señor. No está. Tiene una importante reunión financiera. No puede recibirle.

—En este caso, llamaré más tarde.

—Señor Osborn, siento decírselo, pero... no conseguirá nada. El señor Van Eysen no le recibirá.

—¿Por qué diablos no va a recibirme?

—Porque él, personalmente, jamás recibe a desconocidos. Y, según nuestra computadora, el nombre de Dane Osborn es un perfecto desconocido para Van Eysen Incorporated.

Colgó sin añadir más. Tampoco hacía falta. Me quedé contemplando el teléfono. Lo dejé sobre la horquilla, con ganas de hacerlo trizas. Me puse a pensar, fumando rabiosamente.

Computadoras, nombres, programación, millones...

Todo eso era Paul van Eysen. Debí imaginarlo. Uno piensa a veces alcanzar la luna. Sólo lo piensa. Pero rara vez lo alcanza. Uno

no es poeta. Ni se llama Armstrong... [1] Ni trabaja en la NASA.

Era como el Everest, en versión humana, bien adobada de oro y de acciones de Bolsa. Y de industrias. Y edificios y Bancos. Era Paul van Eysen, en suma. Un magnate. Una especie de Midas de nuestro tiempo. Esa clase de gente no se puede tocar con la punta de los dedos. Es inaccesible, intocable. Se sabe que existe, que está en todo. Detrás de un refresco famoso, de una marca de cosméticos, de una goma de mascar famosa, del tabaco que uno fuma, de la pasta de dientes que usa cada día, en la constructora que hizo el edificio donde uno vive, de los anuncios de televisión que uno soporta, si tiene paciencia para ello. Pero es impalpable. Es algo más que un ser humano. Y, según se mire, menos. Mucho menos, aunque nada en la abundancia.

La mención de las computadoras me recordó algo. A fin de cuentas, no toda mi acción se reducía a intentar comunicar con Van Eysen. No soy un simple agente de seguros, tratando de colocar una nueva póliza.

Descolgué de nuevo el teléfono. Marqué otro número. Luego oí una voz aguda al otro extremo de la línea:

—Informes Acmé Limitada —dijo mecánicamente—. ¿Quién habla?

—Dane Osborn —hablé secamente a mi vez—. Póngame con Ritter, de Programación de Datos.

Hubo un «clic». Luego, la voz bronca de Sam Ritter llegó a mis oídos.

—¿Osborn? ¿Eres tú...? Me dijeron que...

—Sí, soy yo —le corté—. ¿Pudiste obtener los datos que te pedí antes?

—Oh, claro —dijo con su eterno tono risueño y lleno de confianza en sí mismo y en su complejo equipo de máquinas electrónicas—. Les di todos los datos que me proporcionaste.

—¿Y...?

—Mis máquinas son buenas chicas —soltó una carcajada jovial—. Créeme que no tardaron ni una hora en proporcionarme la totalidad de los datos. ¿Te los envió a la oficina o los quieres ahora?

—Las dos cosas —refunfuñé—. Manda una copia. Pero dime lo que obtuviste.

—Como quieras... Escucha esto: hay una relación común en ese

grupo de nombres. Van Eysen, Maxwell y Vaughan. E incluso el cuarto nombre, el accesorio que me diste.

—¿Dennis Lawson?

—Sí, eso es, Lawson. Atiende bien, Osborn: Los tres primeros formaban parte de un determinado grupo de financieros. Una especie de gran *trust* industrial y comercial: «Los Siete».

—¿«Los Siete»? —repetí.

—Eso es: Paul van Eysen, Thorley Vaughan, Howard Maxwell y cuatro más. Siete miembros de una sociedad capaz de derribar gobiernos, si realmente se lo proponía.

Y no dudo de que lo hicieron. Petróleo, oro, diamantes, esmeraldas... Todo lo controlaban. Sudáfrica, Colombia, el Congo, Estados Unidos, ciertos emiratos árabes... En suma, el mundo entero. Muy fuerte, ¿no? Creo que no es asunto para un simple detective privado.

—Estoy de acuerdo contigo —acepté—. Pero Dane Osborn no es un simple detective privado. Es el mejor de todos, simplemente. Adelante. ¿Qué otros datos lograste? Me dijiste que se relacionaban también con Dennis Lawson...

—Cierto, Dane. Lawson fue un tipo subido de la nada. Los datos computados son poco claros, pero permiten hacerme una idea. Era inglés, hijo de americanos. Su padre se mató al saber que él... era un pistolero, un *gánster* a la europea.

—¿Qué?

—Lo que te digo. Dicen que estuvo mezclado en asuntos políticos franceses en Argelia. Incluso se le supone mezclado en el feo caso Ben Barka. Y fue mercenario en el Congo. Le pagaba la CIA, según referencia. La muerte de Lumumba o el sabotaje al avión de Dag Hammersjoeld, no parecen ajenos a su intervención.

—Cielos, qué tipo —resoplé, realmente atónito—. ¿Y era secretario personal de Vaughan por recomendación de Van Eysen?

—Ahí entra la relación con el grupo de «Los Siete Grandes». Es verdad lo que dices. Fue colaborador y ayudante de Van Eysen, en muchas cosas. Ahí, mi computadora no tiene ya más datos, hasta concluir con su muerte violenta en Vaughan House, a manos de Thorley Vaughan, pero supongo que era, simplemente, un guardaespaldas.

—Gracias —dije escuetamente—. Es mucho más de lo que

esperaba.

—¿De veras ves algo claro en todo esto? —dudó Ritter.

—Creo verlo, pero sigue todo muy confuso. ¿No hay más datos?

—No, no hay más. Si lo que quieres es saber si esa gente hacía negocios limpios o sucios, te diré que las computadoras jamás tuvieron sentido de la moral, que yo sepa. Pero, personalmente, opino que siete financieros y magnates de la industria reunidos... resultaría milagroso que fuesen completamente honrados con el prójimo.

—Sí. —Suspire—. Eso basta. Sobre todo, cuando dos de esos «siete» han sido muertos de modo violento... y el pistolero experto resulto asesinado, a su vez, por uno de esos dos.

Colgué. Ahora empezaba a tener material para jugar fuerte. Lo malo es que mis enemigos, en aquella partida eran mucho más poderosos que yo. Les sobraban los ases, incluso dinero de la manga. Y yo tenía las cartas justas. Además, sabía lo que me jugaba en la baza. Nada menos que la vida.

Aún así, seguí adelante.

Alguien me hubiera podido llamar imbécil. Otros heroico. El teniente Aylmer, obstinado y cabezota.

Quizá el teniente era el que más razón tenía. Pero, en el fondo era un imbécil y lo sabía. Pero no podía retroceder. Ni siquiera detenerme en el camino. Ya no Era demasiado tarde.

Porque ahora si estaba seguro de que algo se escondía tras lo ocurrido. El caso no terminó con el suicidio extraño de Thorley Vaughan. Ni con el asesinato brutal de Howard Maxwell.

No. Había más. Mucho más.

Y me lancé en su busca, como un loco. Como un héroe, o, simplemente, como un imbécil.

Lo siento señor Osborn. Ya se lo dije antes: el señor Van Eysen no recibe. No puede atenderle. No insista, por favor.

—No insistiré más —dije fríamente—. Es mi última llamada. Diga esto al señor Van Eysen. Imagino que graban todas las llamadas previamente. Pasen la cinta magnética a su jefe. Creo que le gustará oírla.

Y hable.

Hablé de Los Siete Grandes. De Thorley Vaughan De Dennis Lawson y de los pistoleros. De la CIA. De Howard Maxwell. Luego,

añadí como conclusión, ante el silencio estupefacto de mi interlocutor:

—Estoy dispuesto a comentar todo esto con el señor Van Eysen personalmente, si cambia de idea. Si no, seguiré adelante... con el resto de Los Siete. Sé que se oculta algo tras ellos. Sea lo que sea, lo encontraré. O tendrán que matarme. Y eso puede que fuese un error. Matar al mejor detective de América puede traerles problemas. Ya están avisados. Buenas tardes. Espero la invitación del señor Van Eysen para verle personalmente.

Colgué. Era todo un *tour de forcé*. Si mi instinto andaba desafinado, podía hallarme con un fracaso como un castillo. Pero había que jugar fuerte. Era parte del reglamento.

Recuerdo que luego sucedieron tres cosas. La primera de ellas fue la recepción de un mensaje de Ritter, con los nombres marcados por la computadora que él controlaba en la *Acmé* de Informática Especial. Lo leí, mientras iba hacia la salida, despidiéndome distraídamente de Belinda, para buscar mi almuerzo cotidiano.

LOS SIETE GRANDES (1966-1972).

PAUL VAN EYSEN. Financiero e industrial.

ALLYSON DE WOLF. Finanzas.

JOHN OXLEY. Publicidad y Alimentación.

ALEX BARTOK. Televisión, espectáculos y Prensa.

IVONNE ANDERSON. Cosmética, modas y teatro.

† HOWARD MAXWELL. Industria y Bolsa.

† THORLEY VAUGHAN. Finanzas, hoteles, industria y política.

Seguía una referencia clara sobre todos ellos y sus actividades. A los dos últimos, las cruces anexas los marcaban como fallecidos, y así era. Quedaban cinco, encabezados por el gran Van Eysen. Guardé la tarjeta electrónica en mi bolsillo.

Era la primera cesa que sucedió. La segunda, tuve lugar horas más tarde. Era un telegrama, a mi regrese de la cafetería-restaurante. Breve y conciso:

«ENTREVISTA A CONVENIR PRÓXIMA SE MANA.
SALUDOS. VAN EYSEN».

Resultaba esperanzador. Pero aún resultó mejor el tercer incidente. Y éste ocurrió entre un hecho y otro. Concretamente en el *snack*, cuando estaba comiendo en mi mesa. Hy llegó con su bandeja, cansado el gesto. Se acomodó frente a mí. Me gustaba su presencia. Era como un sedante, en medio de tanta tensión.

Pero Hy, además de eso, me llevó esta tarde algo nuevo e inesperado. Fue como una llamada del destino, como una casualidad inexorable que tenía que llegar alguna vez, porque el mundo, contra lo que muchos opinan, no es tan grande como parece. Ni siquiera en Nueva York.

Hablamos Hy y yo de todas nuestras cosas. Ella había tenido un día ajetreado. Una conferencia médica en el Memorial, un caso de fiebres contagiosas en el Manhattan House, y un trabajo exhaustivo de análisis en los laboratorios de la fundación Bartok.

Ese nombre despertó recuerdos en mí. Consulté mi lista electrónica. Se la tendí a Hy.

—Bartok... Eso no significa que... que trabajas en la Fundación Bartok, la que regenta precisamente Alex Bartok...

—Eso es —sonrió ella—. La cadena de televisión Bartok, la cadena de revistas gráficas Bartok, los espectáculos Bartok y hasta los laboratorios Bartok, están dentro de ese edificio de Manhattan —me aclaró ella—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, yo... Imagino que conocerás a Alex Bartok, en persona...

—¿El viejo Bartok? —Ella soltó una juvenil carcajada—. ¿Qué dirías si te revelara que él mismo me sugirió ir más arriba, si aceptaba un programa de divulgación médica en sus programas comerciales de televisión, una página del mismo género en sus publicaciones, y hasta un alto cargo al frente de los laboratorios?

—Cielos... —resoplé—. ¿Esto te ofreció el viejo magnate?

—Exactamente. Pero había una pega importante para rechazar tan generosa oferta, pese a su tremenda carga de popularidad y su raudal de dólares.

—¿Cuál? —pregunté ingenuamente.

Y Hy, con aquella deliciosa femineidad suya, espontánea y divertida, que no había logrado perder desde los tiempos de nuestra común *alma mater*, se alzó sus faldas, ya de por sí breves, mostrándome la delicia de sus pantorrillas y muslos.

—Dane, amigo mío, tu profesión ha embotado tus sentidos, o ves auténticas bombas femeninas en tu oficina con demasiada asiduidad —comentó secamente—. ¿Te has dado cuenta de que siempre tuve unas piernas preciosas, un busto muy llamativo y un rostro bastante atractivo para ser una doctora? Pues eso, alentó al viejo bribón de Alex Bartok a ofrecirme la cúspide de su imperio, ¿lo vas entendiendo?

La verdad: había sido muy torpe. Hy Henreid tenía toda la razón. Pero ya se había bajado de nuevo la falda, y no pude juzgar si el millonario tuvo buen gusto o no, aunque mucho me temía que el viejo bribón hubiera acertado, en su ojeada experta sobre el sexo opuesto.

—Disculpa, Hy —me lamenté—. Hay veces en que uno olvida a la mujer, recordando a la amiga y compañera...

Ella enrojeció cuando la miré de nuevo, prueba evidente de que ya no la estudiaba como a la jovencita. Hy, que conocía en las aulas. Pero era Bartok quién seguía preocupándome, a pesar de todo.

—¿Crees que podría tener... una entrevista con él, de alguna forma? —indagué.

Mi joven amiga me contempló, no sé si defraudada por mis palabras, o simplemente compadeciéndome por mi estupidez. Pero, al menos, aunque con voz apática, y de mala gana, respondió, ceñuda:

—Sí. Creo que sí... siempre que yo te acompañe. Conozco bien a ese tipo y aceptará en esas condiciones.

Era mucho más de lo que podía esperar. Incluso más tarde, cuando supe que en pocos días era factible verme ante el propio Paul van Eysen, seguí pensando que la entrevista que Hy pudiera conseguirme con Alex Bartok, no tenía desperdicio.

Fueron los tres hechos que empezaron a hacerme ver una meta más próxima y definida. Pero aún faltaba otro, el cuarto suceso del día, y quizá el más peregrino de todos.

Ya comenté antes que mi apartamento personal, donde yo vivo, es algo al margen de todas mis actividades profesionales. Allí, soy solamente «el señor Osborn», y no «el detective Osborn». Es una zona residencial lujosa, y creo que, de saber mis vecinos mi profesión real, me harían tal boicot, que sería imposible mi

permanencia allí.

Pues bien: en mi propia casa, tenía el envío aguardándome. Estaba en mi buzón, dentro de un abultado sobre de fuerte tela, fibroso y casi irrompible. Lo abrí.

Era una cinta magnetofónica, una *casette* vulgar y corriente, como hay millones en el mercado. Pero en vez de llevar grabado algún registro musical, era de las llamadas «virgen». Sólo que estaba grabada.

La puse en mi magnetófono, pensativo, tras ver que el envío, entregado por agencia, no llevaba remitente ni otros datos que mi nombre escrito con mayúsculas, en rotulador azul, sobre el envoltorio de papel *beige* oscuro.

Hice funcionar el instrumento electrónico. La cinta empezó a pasar, silenciosa, hasta que una voz llenó mi gabinete:

—«Hola, señor Osborn».

Era una voz sorda, profunda, acaso disfrazada. Enarqué las cejas, escuchando la grabación atentamente. La voz continuó, poco después:

—«Está siendo atentamente vigilado por nosotros. Sabemos que algo le preocupa. Quiere investigar. Ir demasiado lejos. Es un error. Deje todo como está. No merece la pena ahondar donde nadie le pidió hacerlo. No tiene cliente, que nosotros sepamos. Ya ve que estamos al tanto de sus movimientos. Usted es posible que tenga recursos para hacer su trabajo. No es un investigador vulgar. Ya ve que le hacemos el honor que merece. Se ha informado sobre algunos de nosotros, lo sabemos. Nosotros también podemos hacerlo sobre usted. De hecho, así ha sido.

»No continúe. Hay equivocaciones que llevan a la tumba. ¿Lo duda? ¿Se sonríe de tanto dramatismo? —Me sobresalté, mirando al reproductor. Era cierto. Me había sonreído poco antes. Ahora, ya no tuve ánimos para hacerlo—. No, señor Osborn. No conceda menos valor a este mensaje del que realmente tiene. Nosotros no cometemos esos errores. Nos defraudaría si obrara de otro modo. No estaría de acuerdo con usted. Es cierto que se intentó asesinarle con un automóvil. Lo admitimos: fue un torpe error. No se repetirá. Ahora seremos más sutiles..., pero sólo si usted se empeña en seguir adelante. Es cosa suya elegir el terreno y el modo de combatir. Elija sus armas, sus piezas. Esto es... como un tablero de ajedrez.

Curioso, ¿verdad? Sabemos que ha sido buen jugador de ajedrez siempre. Usted entenderá el reto. Puede renunciar, claro. Y sería lo inteligente. Encontraría dentro de pocos días un sobre en su casillero. Sin cintas magnéticas. Con un talón al portador. Por valor de cincuenta mil dólares exactamente.

»¿Le parece mucho dinero, señor Osborn? Lo es. Verá que sabemos valorar su categoría. Le tenemos, es cierto, Pero no nos asusta. Es más: si decide seguir adelante, aparte de ser un error terrible significará un desastre. No, no piense en otro burdo intento de asesinato. No sería inteligente. Siempre hay quien piensa torpemente. Otros somos más dignos del adversario que nos toca en suerte. No, no lo dude. Elija entre cincuenta mil dólares y el olvido... o esa fría partida de ajedrez sobre el tablero del mundo. El precio es la vida.

»Esta cinta grabada es el avance del primer peón. Tire su rey de un golpe, sobre el tablero... o mueva sus propios peones. Entonces ya no habrá vuelta atrás. Tenemos sentido del humor. Muy grande. Tanto, que usted se asombraría de él. Pero también somos implacables. Pasada esta baza inicial, ya no habrá piedad. Seguiremos hasta el fin. Y el fin será para usted. Peor quizá que la muerte. Peor que todo, Osborn. Estamos preparados para luchar contra el mejor detective del país. De usted depende que no corra el riesgo del fracaso.

»Está a tiempo. Olvide todo. Deje en paz a los que usted sabe. Es un aviso leal. Después, ya no habrá mas avisos. Ni más concesiones. A cada paso que dé, nosotros daremos dos. Cada pieza suya será vigilada y devorada. Es el juego, usted lo sabe. Adiós, Osborn.

»Si es listo, ya sabe lo que debe elegir. No será una derrota ni una rendición. Sólo una prueba de sentido común. No tiene nada que hacer. Y empieza a darse cuenta de ello.

»Adiós. ¡Ah, Osborn! No intente usar esto como un recurso ante la policía, aunque dudamos que usted fuese capaz de ello. Tiene un dispositivo especial y, ahora mismo, apenas termine... ¡se destruirá!».

Salté adelante, para desconectar la cinta. No era ya tiempo de ello. El estallido de la *cassette* no sólo pulverizó ésta y su contenido, sino también parte de mi pobre magnetófono. Lo contemplé con pena, al arrojarlo al cesto de lo inútil. La cápsula explosiva,

accionada por un determinado ultrasonido de la grabación, dentro de la *casette*, había reducido ésta y a su aparato reproductor, a un verdadero caos humeante.

Me quedé mirando al vacío. El reto estaba echado. Morir, o cobrar cincuenta mil dólares en efectivo. Sólo un estúpido hubiera dudado o elegido lo primero. Lo siento. Siempre he sido un estúpido.

CAPÍTULO IV

—Es un placer conocerle, señor Osborn.

—Igual digo, señor Bartok. Créame que nunca creí posible verle en persona tan fácilmente... Las personas importantes siempre resultan inaccesibles para los de más.

—No lo crea. Lo que ocurre es que nuestras ocupaciones nos mantienen siempre aislados, alejados del mundo, como encerrados en una hermosa jaula de oro, que, a pesar de todo, sigue siendo jaula. Pero habiendo mediado por usted la encantadora doctora Henreid, para mí es una auténtica satisfacción conocerle...

Nos hizo acomodar en aquel curioso y amplio pabellón, que era su gabinete y *living*. Ante la confortable chimenea encendida, Alex Bartok, prohombre de la televisión, los espectáculos y la prensa ilustrada, parecía mucho menos gigantesco de lo que su figura mostraba en realidad, a causa de los animales salvajes que, debidamente disecados, llenaban muros y rincones del local, dándole aire de auténtico recinto de cazadores. Las alfombras, bajo nuestros pies, también abundaban en las pieles animales, desde el rayado tigre al pardo oso de las montañas, pasando por la moteada epidermis dorada de los leopardos y linceos.

Contemplando, a aquel hombretón fornido, de rojas facciones, de ojos redondos y azules, me preguntaba si era posible que tan saludable individuo pudiera tener relación con hechos criminales de algún tipo. Lo cierto es que tenía referencias suficientes para sentirme convencido de que buscaba algo que existía realmente en alguna parte, aunque no fuese precisamente en aquel lugar. Un atentado con un automóvil, una cinta magnetofónica y una serie de hechos sin explicación clara parecían suficientes motivos para dudar de todo y estar seguro de que el caso de los Vaughan no se cerró justamente con el extraño suicidio de Thorley en mi oficina, aquel lluvioso día neoyorquino.

Un hombre que no es celoso, no se vuelve de repente distinto. Un pistolero no puede ser secretario de unos magnates, y ser muerto fácilmente por uno de ellos, unos hombres inocentes, no envían una cinta magnetofónica con una oferta de miles de dólares, y un explosivo especial, conectado a su sonido, dentro de la plana *cassette*.

Miré de soslayo a Hy. Parecía mucho más incómoda y molesta que yo, en presencia de Bartok, pero su intercesión y su asistencia era lo que habían hecho posible aquella entrevista, y se veía obligada, por su amistad, a asistir a ella.

—Bien, señor Osborn, usted dirá a qué debo el placer de su visita —me dijo repentinamente, con voz amable.

Me quedé mirándole. La copa de oporto reposó en la mesa tras saborear el buen vino. Bartok apuró su propia copa, y sonrió ampliamente, como si todo aquello le divirtiera en realidad.

Me pregunté si iba a seguir tan divertido cuando le dijera lo que estaba pensando en este momento. Pero tenía que hacerlo, y lo hice. A fin de cuentas, nos había concedido únicamente veinte minutos de su precioso tiempo, en aquella noche lluviosa y desapacible de Manhattan.

No perdí el tiempo. No es mi costumbre, después de todo.

—Bien, señor Bartok —dije con voz firme—. Seré muy breve. Vengo a hablarle de «Los Siete Grandes».

Se quedó callado, mirándome pensativo, como sobresaltado. Evidentemente, mi primera interpelación no le había gustado en absoluto.

—¿«Los... Siete Grandes»? —repitió, vacilante, con la boca repentinamente abierta.

—Eso dije. Sólo quedan cinco. Murió Thorley Vaughan, al suicidarse, tras matar a Dennis Lawson, su secretario. Luego, Howard Maxwell fue degollado en su casa, al parecer por un desconocido intruso. Antes de todo eso, Lawson había iniciado la cadena sangrienta.

Y usted debe saber que fue, en tiempos, un pistolero... al servicio de «Los Siete Grandes». Usted, señor Bartok, es uno de esos «siete».

Ahora sí que el silencio resultó espeso, capaz de ser cortado a cuchilladas, juzgué yo, mientras contemplaba impávido a mi

interlocutor. Hy parecía sin aliento, y su rostro estaba levemente turbado.

En honor a la verdad, debo decir que Bartok reaccionó antes de lo previsible. Su gesto endurecido se dulcificó algo, al responder con la mirada fija en mí:

—Me habló usted de cosas del pasado, señor Osborn. Ya no estoy asociado a ellos.

—Es posible. Solamente le menciono unos hechos. Y trato de conocer otros que no veo tan claros. Como la muerte de Lawson y la de los otros dos hombres.

—Usted mismo dijo que Vaughan se suicidó, y eso es lo que yo tenía entendido. En cuanto a Maxwell, no resulta extraño, hoy en día, que pueda haber, muerto en su casa, al entrar en ésta un merodeador.

—Cierto. Pero ¿sucedió realmente así? Yo mismo vi morir a Vaughan. Puedo jurar que se mató con su propio impulso. Llevaba un veneno en la boca, y lo utilizó, es cierto. Sólo que parecía saber ya que tendría que matarse, de un modo u otro.

—Me asombra usted. Si es cierto que se mató, sea por lo que sea, ¿qué es lo que trata de buscar? Nadie le empujó a ello, salvo su propia voluntad, ¿no es así?

—Sobre ese punto es donde no me siento demasiado seguro, señor Bartok. Se mató, sí. Pero ¿lo hizo por evitar algo peor?

—¿Peor que la propia muerte? —Enarcó las cejas y soltó una leve carcajada—. Cielos, empiezo a pensar que usted tiene imaginación, pero la utiliza pésimamente, amigo.

—Quizá —le miré—. Pero alguien me ha desafiado a que trate de descubrir algo en todo esto. Es como un reto. Parece que hubiese una mente muy astuta detrás de esos sucesos, y hubiera logrado incitarla a convertir la búsqueda de un criminal en un verdadero juego de inteligencia, de fuerza o de astucia, señor Bartok. Creo que he aceptado ese reto, puesto que estoy aquí. ¿Tiene usted alguna cosa que contarme que me pueda ayudar a vencer en el juego? ¿O prefiere ponerse de parte de mi enemigo?

—¿Enemigo? ¿Criminal? —Alex Bartok soltó una suave carcajada y sacudió la cabeza, mirándome irónicamente. Mi querido señor Osborn, empiezo a pensar que se mueve usted en un vacío lamentable, dando manotazos al aire, en busca de algo o alguien

que ni siquiera existe.

—¿Qué es lo que no existe? —Me irrité.

—Su... su enemigo, ese criminal fantasma que citó antes. ¿Ha oído, doctora Henreid? Nuestro joven amigo parte de una base falsa, da palos de ciego en la oscuridad... y ni siquiera tiene fundamento lo que hace, porque cree haber moldeado una forma, una persona, un ser que no está en ninguna parte. Es como... como si ahora mismo, en este momento, alguien me atacara a mí, pongamos por caso, alguien me quisiera asesinar... en este salón, en este pabellón donde solamente estamos nosotros tres. ¿Cree que eso tendría algún sentido? ¿Usted admitiría, por ejemplo, que ante sus ojos pudiera haber aquí un asesino misterioso que, sin ser visto por nadie, me atacara y me asesinara a mí, señor Osborn?

—Puede que lo hubiese —admití secamente, con la molesta impresión de que se burlaba de mí—. Pero no podría ser invisible, en modo alguno. Yo lo vería.

—Exacto —soltó una carcajada—. Usted lo vería. Entonces sí habría asesino.

Pero del modo que yo le he dicho, no puede suceder jamás, ¿verdad? Nadie puede ser atacado por fantasmas. Eso le prueba que... que... ¡Cielos! ¿Qué... qué es esto?

Había levantado el tono, dilatando sus ojos, fijos en la nada, en el vacío, ante nosotros. Se incorporó, tambaleante, de su asiento. Se agitó, enrojeciendo vivamente. Hinchó el cuello, desorbitando los ojos. Le contemplé, atónito, y cambié una mirada con Hy Henreid, que me miraba sin entender, y luego le miraba a él.

Alex Bartok se apartó de nosotros, siempre tambaleándose, agitando su corpachón, como si luchara con el propio vacío circundante o con un ahogo que le impedía rehacerse. Vi sus manos engarfiadas, que llevó al cuello, aterrándolo con exasperada rabia. Balbuceó, en tanto Hy y yo nos incorporábamos violentamente, sobresaltados:

—No, no... Dios, ¿qué... qué es esto...? No puede... ser... ¡No, no...! Aghhh... ¡Aaaagh...!

Forcejeaba con la nada, se agitaba, convulso, más congestionado que nunca. Luego cayó de golpe, pesadamente, contra el suelo alfombrado de pieles de animales exóticos. Su impacto, de bruces encima de la rayada piel del tigre, fue sordo, seco. Se quedó

inmóvil. Corrí hacia él. Y también Hy, dominando su estupor. Nos inclinamos. Vi su cabeza girada a un lado, con los ojos desorbitados, muy fijos, y el gesto crispado, la faz enrojecida fuertemente.

Hy tomó su pulso, buscó con sus dedos el rostro forzado, en su cuello ancho y recio. La vi vacilar, como golpeada por algo invisible. Alzó el rostro, demudado. Me miró, casi patética.

—Dios mío, Dane... —susurró—. Está... está muerto...

—¿Qué? —Mi voz escapó en forma de jadeo ronco—. No es posible, Hy...

—Claro que no —musitó—. Pero lo está, Dane... Muerto. Parece... asfixiado... No lo puedo entender... Por Dios, busquemos ayuda. Hay un teléfono... Creo que ahí mismo...

Señalaba a la puerta vidriera del fondo. Corrí apresuradamente, abrí, y pasé a un corredor curvado que, rodeando el pabellón, conducía a una salida. Cerca de la puerta, vi el teléfono, colgado en el muro.

—¡Yo llamaré! —grité—. Sigue mirando a ese hombre confirma tu diagnóstico. Hy, por el amor de Dios...

Descolgué. Afortunadamente, la línea funcionaba, aunque tardé en percibir la señal de línea desocupada, tras golpear varias veces la horquilla. Finalmente, marqué el número de la policía. Apenas se puso el operador, informé escuetamente:

—Llamo desde la residencia Bartok. Vengan inmediatamente con una ambulancia y médicos. Parece que un nombre ha muerto asfixiado. Sí, el propio Bartok —di las señas exactas y añadí—: Telefonea Dane Osborn, detective privado.

Avisen al teniente Aylmer, de Homicidios. Es muy urgente.

Colgué, enjugándome el sudor de un manotazo. Corrí de nuevo junto a Hy y el hombre caído. Por desgracia, todo seguía igual. La muchacha continuaba con una rodilla en tierra, al lado de Bartok, cuya posición no había variado. Si acaso, estaba mucho más rojo, más oscuro, casi violáceo ya. Los ojos desorbitados seguían fijos en el vacío. No daba señales de rehacerse, ni mucho menos. Hy parecía tener razón. Recordé que era médico, a fin de cuentas.

—¿No hay posibilidad de... de un error? —murmuré, aun a riesgo de ofenderla.

—Dane, por Dios —me reprochó—. Sé cuándo una persona está muerta...

—Perdona —fumé nerviosamente, paseando en torno al hombre inmóvil, lleno de vida un poco antes—. Esto me ha trastornado, Hy. No es lo mismo ver suicidarse a un hombre, o ver a otro asesinado, que presenciar algo así... y saber que ha muerto.

No tiene sentido, a menos que fuese un fallo cardíaco, un ahogo mortal o algo así.

—Parecía... luchar contra algo o alguien, ¿te fijaste? —murmuró ella, ahogadamente.

—Sí. Pero no había nadie.

—No, claro... —Se incorporó lentamente—. No puedo entenderlo, Dane. A menos que... que sufriera los resultados de algo ocurrido antes de nuestra llegada aquí...

—Tuvo que ser eso —admití gravemente, inclinándome yo sobre Bartok ahora, con la vana esperanza de verle incorporarse lleno de vida, riéndose de nuestros temores. No, por desgracia, no se movió. Puse mis propios dedos en su aorta. No capté movimiento alguno. Su pulso era nulo. Resoplé, estudiando el rostro crispado del caído. Su coloración aumentaba rápidamente de tono. Ya era violácea intensa. Como si se hubiera asfixiado realmente—. El forense dirá si fue un colapso, acaso un infarto tremendamente efectivo...

—Yo diría que... que ha muerto por asfixia —insistió ella—. No tiene sentido, pero de no haber estado presente dictaminaría que..., que... le estrangularon, o cosa parecida.

—Pero sabemos que no fue así —fruncí el ceño, mirándola un momento, para volver luego mi atención al difunto Bartok.

—No, claro —admitió, paseando nerviosa, sin añadir una sola palabra más.

Examiné más atentamente el cadáver de Bartok. Me incliné. Estudié su cuello. Muy de cerca ahora.

Tuve una terrible impresión. Se veían allí huellas de dedos, que posiblemente fueran suyas. Huellas violáceas y profundas, hundidas en su garganta. Pero también algo más, que la propia postura forzada del cadáver no nos había permitido antes advertir a Hy y a mí, y que ahora era visible por la coloración de su piel congestionada: cortándole casi la hinchada carne de la garganta, incrustado en ella... ¡había un delgado pero mortífero cordón de seda color carne, que sin duda le había provocado la muerte por estrangulación!

—Estrangulación... No hay la menor duda, Osborn.

Era el doctor Nelson, del Departamento Forense de la ciudad de Nueva York. Le miré, todavía con aturdimiento. Sabía eso antes de que él lo dijera. Aun así, me vi obligado a insistir:

—Estaba lleno de vida ante nosotros. ¿Cómo pudo suceder, doctor?

—No lo sé —nos estudió, perplejo—. Yo diría que alguien aferró su cuello, pasándole con rapidez el cordón por el mismo, y apretando fuerte y bruscamente.

Quien lo hizo, sabía cómo hacerlo. No debió tardar más de ocho o diez segundos en estrangularle.

—Sí, más o menos es lo que tardó en desplomarse ante nosotros —recordé—. Pero nadie le atacó, doctor.

—Eso es imposible —el forense nos estudió corno si estuviéramos locos Hy y yo—. Tuvo que atacarle alguien, enroscar el cordón en su cuello. Por hábil que fuese el asesino, hubo de estar presente durante la ejecución de su crimen. Esa clase de muertes no se producen a distancia, Osborn. Usted debería saberlo.

Se marchó con gesto irritado, como si le hubiera disgustado mi modo de preguntar. Me quedé aturdido, en tanto los muchachos de Aylmer hacían fotografías del lugar, o buscaban huellas dactilares. Me volví a Hy, desolado.

—Dime que no estoy loco —murmuré—. ¿Viste lo mismo que yo, Hy?

—Claro, Dane —asintió ella firmemente. Me tomó una mano entre las suyas, y noté que estaban ahora frías y estremecidas—. No sé cómo pudo suceder, pero tuvo que estar a distancia de algún modo que no podemos entender...

—¡A distancia! —Ahora fue el teniente Aylmer mismo quien, deteniéndose en su recorrido minucioso del pabellón de caza de Bartok, se encaró con mi amiga, casi violentamente—. Por Dios, señorita, ¿se ha dado cuenta de la presencia de ese cordón asesino en el cuello del señor Bartok? Eso no puede ser lanzado a distancia. Pero hay algo más: ¿se percataron del hecho de que, aparte esas puertas de vidrieras, que ustedes afirman estaban cerradas durante su conversación con Bartok, no hay aquí ninguna ni otra abertura?

Miré alrededor mío. El maldito Aylmer tenía razón. Sólo las vidrieras de acceso al corredor. Y en ningún momento vimos a

nadie allí, durante la charla. Además, no hubiera podido actuar a través de los cristales.

—Teniente, ella dijo la verdad. Ambos estábamos con Bartok cuando le ocurrió aquello y se desplomó, como fulminado por un rayo, tras forcejear consigo mismo, apretar su cuello con ambas manos... Dio la impresión exacta de que se debatía, defendiéndose de alguien. Pero no había nadie salvo nosotros tres. Y, desde luego, ni Hy... quiero decir, la doctora Henreid ni yo, nos aproximamos siquiera a él como para causarle el menor daño.

Aylmer me miraba de hito en hito, como dudando de mi cordura y la de ella. Luego sacudió la cabeza, desorientado. Por primera vez, observé que no entendía una sola palabra de lo que ocurría, y ni siquiera le veía una explicación medianamente razonable. En eso, desde luego, no estaba solo.

—Dejemos todo esto —dijo, encogiéndose de hombros—. Sea como sea, alguien asesinó a Alex Bartok, estrangulándole con ese cordón de seda. Para mí, es lo único que cuenta. Pero de todos modos, la autopsia nos aclarará algo más las cosas. Podría suceder, puestos en lo más absurdo, que el señor Bartok llevara habitualmente un cordón enroscado a su garganta y sufriera un simple colapso, pese al veredicto inicial del forense. Pero mucho me temo que esa posibilidad sea tan ridícula como carente de la menor base.

Tuvo toda la razón el teniente Aylmer. El informe forense oficial, tras la autopsia de Bartok, fue concluyente:

«Muerte por estrangulación. Causada por un lazo de seda que rodeaba el cuello de la víctima. La muerte, tuvo lugar minutos antes de la presencia de la policía en la casa, justamente cuando los testigos dicen que sucedió. Es prácticamente imposible que él mismo se causara la muerte a sí mismo. Fue atacado y muerto por otra persona».

No me sorprendió. Sabía que había ocurrido algo así. Cómo sucedió, era otra cosa. Empezaba a ver fantasmas por todas partes. Cada vez que recordaba al infortunado Bartok, luchando con lo invisible, sentía un escalofrío subiendo por mi columna vertebral, desagradablemente.

—Invisible... —murmuré—. Si no fuese porque me tornarían por loco, afirmarí que ésa es la única explicación plausible. Un hombre

invisible, filtrándose en el pabellón de caza, ante nosotros mismos, y...

Moví la cabeza de un lado a otro, exasperado. Eso no tenía sentido. Que yo supiera, no se había inventado aún la invisibilidad. Y esto no era una novela barata de ciencia ficción.

Recordé incluso a un clásico de la novela francesa, con su cuarto amarillo y su asesinato imposible. Allí, cuando menos, el criminal se evadía a la cuarta dimensión: el tiempo. Era literatura, qué diablos [2]. Aquí, no sucedía, por desgracia, lo mismo. Dudaba que un jurado o el propio teniente Aylmer hubiera aceptado la teoría de otra dimensión, sin avisar a los loqueros y ponerme camisa de fuerza inmediatamente.

Ensimismado en mis propios problemas, ni siquiera prestaba atención a Belinda. Ella continuaba golpeando rítmicamente su máquina de escribir, como si el mundo no existiera para ella, fuera de aquel teclado y su papel enrollado en el rodillo. La envidié. Al menos, se movía entre cosas tangibles. Recordé que yo también lo hacía, unas horas antes. Ahora, todo era diferente.

A un suicidio inexplicable y una muerte poco clara, se unía más tarde el asesinato brutal de Howard Maxwell, con quien alguien me aconsejara anónimamente establecer contacto. Luego, llegaba Bartok. Y ocurría esto...

—Debí hacer caso a Aylmer —murmuré—. ¿Quién me metería a mí a pretender llegar más lejos de lo que me era factible?

—Perdón, jefe. ¿Me decía algo?

Miré a Belinda. Había dejado de escribir, mirándome, preocupada. Sacudí la cabeza, irritado.

—No —refunfuñé—. No dije nada. Hablaba conmigo mismo, Belinda.

—Eso es mala cosa —me avisó ella—. Vale más que se ponga a discutir con alguien.

—Si al menos hubiera de qué discutir... —me quejé, paseando por mi oficina como un tigre enjaulado. Y aunque había dejado finalmente de llover sobre Manhattan, maldito si me importó ahora.

A mediodía, llegó un mensajero urbano con una carta. Me la entregó Belinda, sin abrir.

—Es personal, jefe —dijo—. Y urgente.

Miré el sobre. Era cierto. Iba escrito a máquina, sin remitente.

Un sello de caucho había marcado en rojo, sobre una esquina: «Personal. Urgente».

Rasgué el sobre y lo abrí. Extraje un pliego blanco, doblado. Venía escrito a mano, con letra impersonal, algo deformada, pero muy legible, en tinta azul pálido.

Leí, sorprendido:

«Osborn:

»Estaba advertido. Fracasó una vez. No siga adelante. Ha perdido su partida. No sabe siquiera cómo mover sus peones. Es difícil luchar contra el enemigo que no es posible ver, ¿no es cierto? Usted sabe que existe un asesino. Pero no sabe cómo se mueve delante de usted, sin ser visto. No desafíe más a su adversario. Podría volver a atacarle desde lo invisible, para humillarle una vez más.

»Piénselo bien. Es mejor rendirse a tiempo. Deje caer su rey, o será jaque mate en cualquier momento.

»Ah, no piense en utilizar esta misiva para nada. En pocos segundos, será igual que ese asesino que tanto le preocupa. Hasta pronto. O hasta nunca. De usted depende».

No llevaba firma. Ni hacía falta. La intenté leer de nuevo. Ante mis propios ojos, comenzó a diluirse la tinta, desde sus primeras líneas. Lo último que se difuminó sobre el papel blanco, fueron precisamente sus palabras de despedida:

«HASTA PRONTO. O HASTA NUNCA. DE USTED DEPENDE».

Maldije entre dientes, apenas se borró la última palabra. Belinda me miró, con creciente preocupación en el rostro. Mascaba chicle con lentitud, acaso para calmar sus nervios. Fui y tomé una de sus tabletas de goma, para tratar de imitarla en eso. Me hacía más falta que; a ella.

—¿Malas noticias, jefe? —indagó, inocentemente... Le mostré el papel en blanco.

—Muy malas —dije.

—¡Pero si está en blanco! —se asombró, mirándome con gesto de duda.

—Ésa es la mala noticia —refunfuñé—. Todo está en blanco: el papel, mi mente... y mi sentido común. Es como luchar con fantasmas. Asesinos que no existen, cartas que no se ven... Llame a Dobbs. Quiero que examine esta hoja en su laboratorio, y trate de obtener algo de ella, lo que sea.

Tomó el teléfono, mientras me estudiaba preocupada. Debía parecerle un poco descentrado, y no le faltaba razón para pensar así. Estuve por un instante a punto de enviar al diablo todo el caso, olvidándome de Vaughan, de Lawson, de Maxwell y de Bartok. Pero aquel enemigo invisible había tocado mis puntos más sensibles: mi orgullo profesional, mi obstinación y mi propia dignidad.

—No cederé —dije, apretando los labios. Contemplé el panorama gris, bajo el cielo nublado, a través de su ventana. Parecía una eternidad desde que viera llegar el coche color guinda de los Vaughan—. ¡No cederé!

Como si alguien me hubiera oído, el timbre del teléfono sonó en ese instante. Belinda lo atendió con su eficiencia habitual. Luego, me tendió el auricular.

—Es para usted —dijo—. Personal, jefe.

Maldije entre dientes. Cuando menos, esperaba oír una voz, y no un silencio. Empezaba a dudar ya de todo. Tomé el teléfono y pregunté casi con aspereza:

—Osborn. ¿Quién llama?

—Van Eysen —dijo una voz ronca, fuerte, lejana y llena de autoridad y fría firmeza—. Paul van Eysen, señor Osborn. Le espero. Esta noche, a las ocho, en el edificio De Wolf. No falte. Y no se demore. No me gusta esperar.

—No faltaré, señor —respondí, repentinamente animado, dominando mi sorpresa. El prohombre se dignaba llamarme para convenir una entrevista. Casi un milagro. Añadí rotundo—: A las ocho en punto.

—Allyson De Wolf estará conmigo —habló secamente Van Eysen—. Es un imbécil, aparte de ser socio mío. Está asustado ahora. Dice que teme morir asesinado, señor Osborn...

Colgó, sin añadir más. Me quedé rígido, contemplando entre mis manos el silencioso teléfono. Ahora había motivo para estar

nuevamente sorprendido.

CAPÍTULO V

—Ten cuidado esta vez, Dane. ¿Es prudente ir allí?

—Hy, tengo que hacerlo —afirmé, sentado frente a ella, en la cafetería—. Hubo un momento en el que pensé abandonarlo todo. Ese fracaso me ha espoleado. Sigo adelante.

—No me sorprende en ti —sonrió ella—. Pero ¿qué buscas, exactamente? ¿A qué o a quién?

—No lo sé, Hy —confesé con sinceridad—. Creí saber algo. Ahora me veo tanteando en la oscuridad. Sé que me enfrento a algo siniestro, extraño e inquietante. Algo que ha costado ya varias vidas. Me gustaría saber por qué, pero ése es uno de los factores desconocidos del problema.

—Y todo porque un hombre mató a otro por celos, no habiendo sido nunca celoso... —suspiró ella, mirándome risueña—. Ahí comenzó todo, ¿verdad?

—Justamente ahí. Creo que Vaughan mató a Lawson por otra razón, que nada tenía que ver con los celos. Por la misma causa, contrató mis servicios, seguro de que terminaría descubriendo su culpabilidad. Era como buscar su propio suicidio. ¿Por qué, me presunto yo? Aún no he encontrado esa respuesta, pero espero hacerlo.

—¿Hablando con Van Eysen?

—Es un punto a tocar, quizá el más importante. Ese hombre es el magnate más poderoso del país. Formaba parte de «Los Siete Grandes». Como todos los demás.

—¿En qué estás pensando?

—No lo sé, amiga mía. La gente habla siempre de la Mafia. Se la presenta con todos los colores imaginables. Pero hay mafias más ocultas e invisibles que la que siempre nos muestran en la realidad o en el cine. Mafias que no están compuestas por pistoleros italianos, sino por hombres de altos puestos financieros, por

millonarios y magnates de la industria o de la Bolsa. Esos grandes *trusts* llegan a dominar pueblos y continentes. Callada, secretamente siempre. Se juegan en ello intereses multinacionales, Hy. Sé lo suficiente sobre esos «siete grandes», para estar seguro de que se trataba de algo así. Financiaban cosas oscuras, poco honestas. Ésas son las que aportan millones. Luego, por lo que fuese, el *trust* se disolvió. Pero quizá algo ha quedado como secuela. Y ese algo puede significar la muerte de algunos. O de todos, no sé.

—Aunque fuese así, ¿explicaría todo eso lo que presenciamos nosotros en casa de Bartok? —dudó ella, con gesto ensombrecido.

—No —admití, bajando la cabeza—. En absoluto. Eso... no tiene explicación. Pero creo que no podrá repetirse. Nadie es capaz de matar... sin ser visto.

Apuré mi café. Hy iba a su centro médico, a entrar de servicio. Era media tarde, y debía estar listo para Slegar a las ocho al De Wolf Building, cerca del Hayden Planetarium. No podía malograr mi deseada entrevista con el gran Van Eysen. Aunque no sacara nada de ella, debía acudir. Sobre todo, teniendo en cuenta que otro hombre, otro antiguo miembro de «los siete», como a De Wolf, socio actual de Van Eysen, temía morir asesinado. Podía ser una simple psicosis.

O algo más.

—Tiene exactamente diez minutos, señor Osborn. Es todo cuanto puedo concederle. Cada minuto mío, vale millones de dólares.

Le creí. Era un hombre a quien costaba poco trabajo creer. Poseía magnetismo, personalidad arrolladora. Muy alto, muy esbelto, de ojos oscuros, cabellos totalmente blancos, peinados cuidadosamente, tez bronceada, facciones firmes como cinceladas sobre piedra o bronce y una cierta descuidada elegancia para vestir su terno azul-gris.

Aquél era el hombre que manejaba la fortuna más considerable que uno puede imaginar. Las finanzas de medio país eran suyas, con todo lo que eso significaba.

Ahora lo tenía ante mí. Erguido ante las vidrieras color caramelo oscuro de los suntuosos despachos de la planta alta del edificio De Wolf. Un relej desgranaba en ese momento, musicalmente, en

algún punto del piso, ocho lentas campanadas.

—Lo comprendo, señor Van Eysen —dijo—. No le haré perder ni un segundo más.

—Así está bien. Cuando menos, ha sido puntual, Osborn. Una gran virtud.

—Gracias. ¿No está su socio, el señor De Wolf?

—Allyson no es nada puntual —frunció el ceño, repentinamente malhumorado—. Vendrá, pero acaso más tarde. Quiere verle. Parece que está asustado.

—¿Por los crímenes? —indagué, ingenuo.

Me estudió con la mirada penetrante. Tenía la fijeza del búho, la crueldad del reptil y la profundidad del halcón.

—Sí —dijo—. Por los crímenes. El de Bartok, especialmente, logró descomponerle. Creo que usted fue testigo de esa muerte.

—Y del suicidio de Vaughan —asentí, sosteniendo su mirada.

No sonrió, pero sus labios delgados se curvaron sardónicamente. Tuvo un leve encogimiento de hombros. Luego, se sentó en un sillón de altísimo respaldo, color café. Era un mueble confortable, articulado para girar, ceder a un lado o a otro. Lo reclinó hacia atrás.

—Usted cree ver algo raro en todo eso, ¿no es cierto? —me preguntó.

—Sí.

—¿Qué es ello, y por qué lo relaciona conmigo?

—Conozco informes sobre Los Siete Grandes.

—Eso ya no existe. Fue una asociación rentable para todos. Se disolvió por común acuerdo, y cada cual ha seguido su propio camino, aunque a veces establezcamos asociaciones momentáneas. Es lo que me sucede ahora con De Wolf. Pero prefiero trabajar solo.

—¿Y no le preocupan sus antiguos compañeros?

—No. Nadie me preocupa. Sólo yo mismo, señor Osborn. Estoy al margen de problemas ajenos.

—Éste puede no serle ajeno. Puede ser también su problema, señor Van Eysen.

—¿Mío? ¿Por qué motivo?

—Por lo mismo que lo fue de Vaughan, de Maxwell, de Bartok...

—Vaughan se mató. Los otros fueron asesinados. No tengo nada que ver en cosas así.

—Lawson también fue asesinado. Por Vaughan. Resulta raro que un pistolero profesional se deje sorprender por un financiero, ¿no le parece?

—Usted supo que Lawson era un pistolero, y ató cabos, al enterarse de que yo le recomendé a Vaughan, ¿no es cierto?

—Algo así. ¿Envío a Lawson como secretario real de Vaughan... o como guardaespaldas o cosa parecida?

—Lawson trabajó conmigo como secretario. Había dejado su época de pistolero o guardaespaldas. Era fiel y eficaz. Por eso se lo recomendé.

—¿Fiel... a quién? —quise saber.

—A quien le pagase —me replicó, tajante—. Supongo que no pretenderá acusarme de nada, ¿no es cierto?

—No puedo hacerlo. No acuso a usted ni a ningún otro. Me falta aún mucho para llegar a alguna parte, señor Van Eysen, y ver claro en todo este rompecabezas.

—¿Tanto le paga su cliente actual, que no teme mezclarse en un caso tan oscuro y peligroso como parece ser el que lleva entre manos?

—Digamos que es simple ética profesional —sonreí—. No me gusta sentirme bien pagado por algo que no hice adecuadamente. Y sigo adelante hasta cumplir totalmente mi trabajo.

—¿Y espera que, en esa tarea yo pueda serle útil en algo?

—Todo el mundo puede serlo, señor.

—Muy bien —suspiró, consultando su reloj—. Le quedan dos minutos para saber lo que desea. Aprovechélos bien. No habrá otra oportunidad. Mi tiempo es demasiado precioso para perderlo en charlas que no me reporten beneficios.

—Intentaré apurar esos dos minutos —sonreí—. ¿Cree que salvar la vida no significa un beneficio, después de todo?

—Por supuesto. Pero para ello hace falta que, previamente, ésta vida peligre. Ése no es mi caso, señor Osborn.

—No esté seguro de ello, señor Van Eysen. En este asunto, no sé por qué, peligran todos ustedes. O casi todos. Sólo puede haber víctimas y culpables, recuérdelo. Si usted no hizo matar a Maxwell y a Bartok, si usted no es el asesino..., puede ser una de sus víctimas, por seguro que se sienta.

—Eso es simple teoría —rechazó con un gesto áspero—.

Pruébeme que peligro realmente, y no sólo le concederé todo mi tiempo, sino también unos honorarios: cien mil dólares por salvarme la vida. Pero no los ganará fácilmente. Tendría que *probar* exhaustivamente que, de verdad, mi existencia corría peligro. ¿Cree que puede hacerlo?

—Quizá —me encogí de hombros—. Pero no me importa usted como cliente. Ni sus cien mil dólares. Ahora tengo mi propio cliente, y a él sirvo. Por mucho menos de esa suma, señor Van Eysen.

Otra ojeada a su reloj. Suspiró, poniéndose en pie.

—Treinta segundos —dijo—. Ni uno más, señor Osborn. Sólo tiene tiempo para una pregunta.

—Lo sé. Es ésta; ¿existe alguna razón posible, en el pasado o en el presente, para que Los Siete Grandes estén sentenciados a morir, en parte o en su totalidad?

¿Realizaron ustedes algo que pueda hacer suponer que un asesino está dispuesto a aniquilarles a todos?

—Sí —dijo fríamente, sin dejar de mirarme—. Puede existir esa razón. Hicimos muchas cosas que no eran justas ni honradas. Y creo que todos seguimos haciéndolas... o no seríamos financieros, señor Osborn.

—Quince segundos —le recordé, irónico—. Aún hay tiempo para otra pregunta:

¿Sabe usted por qué murieron esos tres hombres de su grupo? ¿Conoce un motivo concreto?

Mantuvo un breve silencio. Rozábamos ya su inexorable plazo de tiempo. Creí que no contestaría. Pero lo hizo, camino de la puerta, con su paso largo y flexible, erguido como un sable de acero, sin mirarme siquiera.

—Sí, señor Osborn —habló—. Sé por qué ha sucedido. Conozco el motivo. Pero no voy a decírselo. Su tiempo ha terminado, y esto llevaría mucho más de diez minutos explicarlo. Lo siento de veras, señor Osborn. Pero si, como alguien creo que supone, es usted un buen jugador de ajedrez, llegará alguna vez a una conclusión sin mi ayuda... Todo depende de que siga adelante o no. Buenas noches, señor Osborn.

Salió del despacho. Oí el deslizamiento vertiginoso del ascensor al perderse como un proyectil, hacia la planta baja. Me quedé

realmente sorprendido, preocupado y lleno de inquietud.

Van Eysen sabía muchas cosas. Y no lo negaba. Incluso sabía que yo estaba empeñado en una sorda pugna contra un asesino. ¿Acaso era él mismo? ¿Se debía a su iniciativa el envío de aquella cinta magnética y de aquella carta escrita con tinta que luego se diluía, sin dejar siquiera rastros químicos sobre el papel?

Podía suponerse algo así. O pensar que conocía al culpable, y no pensaba denunciarlo. Era un hombre amoral, que se creía por encima del bien y del mal, inaccesible para todos, ya fuera la ley o el crimen. Tal vez estaba en un error.

Van Eysen era capaz, incluso, de ser un asesino despiadado y confesarlo así abierta, cínicamente, seguro de que nadie podría jamás probarlo. Pero no había confesado nada, salvo que sabía mucho y no quería decirlo. Era un hombre irritante. Y peligroso. Muy peligroso, estaba seguro de ello.

Caminé hacia la salida de grandes vidrieras color caramelo intenso, para abandonar el gran edificio De Wolf. Entonces sonó la voz a mis espaldas.

—No se mueva. No lo haga. Aún no he terminado yo con usted.

Me volví, sorprendido por el tono de aquella voz. Creo que me sorprendió verme encañonado por aquella pistola automática, una «*Parabellum*» provista de cilindro silenciador.

Había sido un error pensar que estaba solo en aquella planta.

El suntuoso, confortable despacho de la planta alta del De Wolf Building, tenía varias entradas. Exactamente tres. Una, la había utilizado Van Eysen para ausentarse de allí. Otra, a mis espaldas, había servido para que entrase aquel hombre de la pistola silenciosa.

Era un hombre fornido, de baja estatura, cabellos intensamente rubios y ensortijados, ojos azules, con gafas de montura de oro y facciones algo aniñadas para lo anchas y rudas que eran.

—No entiendo —dije con frialdad—. ¿Qué significa esa arma?

—Significa que puede usted ser muerto en cualquier momento, señor Osborn —dijo él.

—¿Por qué motivo? Vine aquí a ver a Van Eysen y a De Wolf. Ya me iba.

—Yo soy De Wolf. Allyson De Wolf.

Le miré con renovado interés. No parecía un financiero, al contrario de su viejo socio Van Eysen. Pero en realidad, el azul de sus ojos era duro y frío. Me estaba estudiando con clara desconfianza.

—En ese caso, aún tiene esto menos sentido. Creo que quería usted verme. Y que tiene miedo de morir asesinado. Sin embargo, parece ser usted quien desea matarme a mí.

—No me fío de nadie. Déjeme ver su documentación. Póngala sobre esa mesa, sin acercarse. Y sin intentar nada raro.

No lo intenté. Tenía su dedo en el gatillo, y eso resultaba peligroso. Valía más no provocarle. Parecía demasiado nervioso. Así que puse mi portadocumentos en la mesa indicada con el mayor cuidado.

Hasta no verlo y comprobar la fotografía conmigo, no bajó el arma. Resopló, tendiéndome la mano, tras guardar su arma y devolverme mis documentos.

—Perdone, señor Osborn —dijo—. Quería estar seguro de que realmente era usted.

—Ya veo —arrugué el ceño—. ¿Supuso que podía ser un suplantador?

—Sí. Entraba en lo posible.

—A eso le llamo yo sentirse desconfiado, receloso. ¿Tanto miedo tiene?

—Mucho —confesó con un resoplido. Se acercó a mí. Sé que quieren matarme.

—¿Quién? —indagué.

—Me gustaría saberlo. Pero resulta difícil señalar a alguien. Quien sea, es demasiado astuto para delatarse a sí mismo. Ya mató a Maxwell, a Bartok... Por cierto, usted estaba presente cuando murió Bartok, ¿no es cierto?

—Sí —confesé malhumorado—. Fue un extraño crimen.

—El es capaz de todo.

—¿El? —repetí, tratando de ahondar más en la alusión.

—El asesino —afirmó él—. He llegado a temer que fuera invisible...

—Yo también —admití—. Pero ambos sabemos que eso no es posible.

—¿Ve otra explicación para lo de Bartok? El, tan fuerte, tan

bromista siempre, tan lleno de vitalidad y buen humor...

—No, no veo explicación a eso. Ni a muchas otras cosas... —confesó con acritud—. Creí que usted podría ayudarme. Van Eysen parece saber algo, pero no quiso echarme una mano.

—Van Eysen... —Los ojos azules brillaron extrañamente—. El podría ser nuestro asesino.

—¿Podría serlo, realmente? —insistí, lleno de interés.

—Sí.

—¿Por qué motivo? ¿Hay una razón para que un hombre de su fortuna, de su posición, se llegue a arriesgar en algo así?

—Se cree tan fuerte y tan por encima de todos, que ni siquiera admitiría el riesgo como parte de sus actos. No me fío tampoco de él. Por eso opté por fingir que no había llegado y esperé a entrevistarme con usted a solas, señor Osborn.

—Entiendo. El es su socio, ¿no es cierto? —Durante varios años dejamos de serlo. Ahora estamos en un mismo negocio, pero sólo accidentalmente. Aquello de «los siete», terminó de modo definitivo.

—«Los siete»... —le contemplé, reflexivo—. El no quiso hablar de eso. Pero admitió que hicieron cesas que pudieron ser motivo para que alguien deseara matarlos. ¿Es eso cierto, De Wolf?

—Sí, es cierto. Arruinamos a gentes diversas, especulamos sin conciencia... y así llegamos a ser lo que somos. Es decir, los que aún vivimos.

—Y que ya sólo son cuatro —le recordé, observando su estremecimiento—. Usted, Van Eysen y dos más.

—Eso es: John Oxley... y luego Yvonne Anderson.

—La única mujer del grupo, ¿no es cierto?

—La única, sí. Tan dura y despiadada como todos nosotros, no crea. Jamás vaciló a la hora de tomar una decisión, aunque ésta hundiera en la miseria a cientos, a miles de personas. Tiene temple de auténtica mujer de negocios. Ni siquiera llegó a casarse. Pero eso sí, tiene un amor. Creo que, si no se casa con él, es sólo por seguir conservando su apellido y su libertad de acción. A pesar de ello, vive con él como si fuesen matrimonio.

—Ignoraba eso. ¿Quién es él?

—Un tipo guapo y arrogante, de los que gustan a las mujeres ricas —soltó De Wolf una cínica carcajada—. Jeremy Landis, exactor de cine, ex Míster Universo y unas cuantas cosas más, tan

vacías y tontas como todo eso. Tiene unos doce años menos que ella. Ahora vive como un rey, y ella parece realmente enamorada.

—¿El no?

—Al menos lo está de su dinero —sonrió el financiero—. Ya es algo, ¿no? Pero dejemos esos comadreos. Landis no está metido en todo esto. Sólo tiene músculos y cabellera. Pertenece a un mundo diferente, créame. Lo importante, ahora, es hablar de nosotros «siete»..., bueno, de nosotros cuatro. Uno tiene que ser un asesino.

—¿Sólo uno? —indagué.

—Sí —me miró con extrañeza—. ¿Qué creía? ¿Supone que formábamos una sociedad para el crimen, tal vez?

—Sociedad para el crimen... —repetí, pensativo—. Sí, pudiera ser. Pero también podría formarla uno de ustedes, con las personas adecuadas. ¿Por quién se inclinaría usted?

—Por Van Eysen, sin dudarle. Es frío, cerebral, inteligente y audaz como pocos. Además, carece de escrúpulos, aunque esto sea común a todos nosotros.

—¿Juega al ajedrez Van Eysen?

—¿Ajedrez? —La pregunta le había pillado totalmente de sorpresa. Vaciló—. Cielos, no sé... Sí, espere. Creo haberle visto jugar a veces, pero no con frecuencia. ¿A qué viene eso?

—A nada —sonreí—. Estaba pensando. Tengo un enemigo muy especial, que planea sus jugadas como un maestro del ajedrez. Sospecho que está buscando darme jaque de nuevo, para ver que yo abandone. Pero su próxima jugada tendrá que ser maestra, si quiere impresionarme lo suficiente.

—Confieso que no entiendo nada de todo ello, Osborn. Pero vayamos a lo que interesa. ¿Sabe por qué quería verle? Para contratarle.

—¿Contratarme?

—Como detective privado que es, su fama resulta impresionante. Si usted no salva mi vida, nadie podrá hacerlo, estoy seguro. Protéjame, y le pagaré lo que pida por sus servicios.

—Usted lo dijo: soy detective privado, no guardaespaldas, señor De Wolf.

—No me importa. No me fiaría de ningún guardaespaldas. Le elegí a usted. Fije la cifra, y pasará a mi servicio.

Le miré, algo irritado. Mi tono fue seco al responderle:

—Lo malo de ustedes, los millonarios, es que creen poder manejar a los hombres como simples acciones de Bolsa o como muñecos a su capricho, De Wolf. Le he dicho que no me alquilo como protector de nadie. Si puedo evitar que le ocurra algo, lo haré. Pero no porque usted me pague. Mi tarea es encontrar al culpable, no protegerle a usted.

—Por todos los diablos, ¿es que ya tiene un cliente? —Sí. Tengo un cliente.

—¿Van Eysen? ¿Oxley? ¿La Anderson? ¡Le pagaré doble, triple de lo que le paguen actualmente! ¡Diga a su cliente que renuncia a trabajar para él, y no le pesará, Osborn!

—En primer lugar, De Wolf, la ética de mi profesión me impide dejar a un cliente para tomar a otro, dentro de un mismo caso, haya por medio el dinero que haya. Por otro lado, difícilmente podría hablar con mi cliente sobre eso o sobre cualquier otra cosa.

—¿Por qué motivo?

—Porque mi cliente está muerto.

—¡Muerto! —Me miró, boquiabierto—. ¿Qué es lo que dice? ¿Se burla de mí?

—No. No me burlo de nadie. Le dije la verdad. Sólo tengo un cliente: Thorley Vaughan. El me pagó, por medio de su viuda. El me encargó un caso que aún no está resuelto. Yo sigo adelante, hasta haberme ganado los honorarios que de él recibí.

—¡Eso es un disparate, Osborn! ¡Nadie tiene por cliente a un muerto, salvo las funerarias y los sepultureros, que yo sepa!

—Ahora ya sabe de alguien más: los detectives privados.

—¿Por qué siguió el caso? Si Thorley se mató, eso cerraba para usted el asunto...

—No, para mí. Tengo que saber por qué Thorley mató a Lawson, el secretario que fue antes pistolero, y por qué luego se suicidó, tras ser desenmascarado por mí. Su juego no tuvo el menor sentido, a menos...

—A menos... ¿qué? —susurró De Wolf, abriendo ahora la caja de plata que había sobre la mesa, y tomando un cigarrillo emboquillado, que encendió con movimientos nerviosos, tías ofrecirme a mí. Negué la invitación y le respondí:

—A menos que él deseara realmente suicidarse, pero antes necesitaba hacer algo para que alguien siguiera esta investigación,

después de morir él. Sé que no tiene sentido, pero puedo darle un razonamiento que se me ha ocurrido recientemente, dando vueltas al asunto: Thorley jamás tuvo celos de Lawson. Le mató por una razón determinada, la que fuese. Luego, me contrató a mí. Sabía que soy el mejor detective de la ciudad, y que no me conformaría con llegar adonde cualquier otro podía hacerlo.

—Es usted un presuntuoso, Osborn.

—Es uno de mis graves defectos —suspiré—. Pero tengo razón. Vaughan imaginó que, al ver un caso tan simple, y más siendo él mismo culpable, yo no me sentiría satisfecho y buscaría algo más. De ese modo, quizá llegase adonde él no tenía fuerzas ni valor para llegar... tal vez porque amaba demasiado a su esposa y no quiso comprometerla en nada. Muerto él, su mujer queda al margen de toda posible represalia. Pero fue el propio Vaughan quien me señaló el camino, representó su farsa torpemente, y desapareció de escena para siempre.

—Dios mío, Osborn, o usted tiene mucha imaginación, o Vaughan no estimaba gran cosa su vida...

—De Wolf, muchos de ustedes deberían pararse a pensar que el dinero no lo es todo, ni tan siquiera la propia vida, cuando se quiere a alguien lo suficiente para no verlo en peligro por ninguna causa. Y tal vez la única forma de que Hazel Vaughan esté fuera de todo riesgo... es llevando esto hasta su final...

De Wolf dejó el cigarrillo en el cenicero. Me contemplaba fijamente. Vi algo raro en él. Sus ojos estaban enrojecidos, respiraba dificultosamente... y estaba pálido. Cada vez más pálido.

Trató de decir algo y, para su sorpresa, sólo pronunció unos sonidos inarticulados. Boqueó, con angustia.

—¡De Wolf! —exclamé, acercándome a él—. ¿Qué es lo que le sucede?

No me respondió. En vez de eso, abrió más aún la boca, sin emitir sonido alguno, y pareció buscar aire. Sus ojos tenían ahora un brillo vidrioso. De repente, se agitó en una convulsión repentina, y cayó sobre un sillón, que derribó con su peso, hasta reposar ambos en la espesa moqueta marrón.

Me incliné con rapidez sobre él, temiendo lo peor. Le volví boca arriba. Su mirada vidriosa y fija se clavó en el techo. No se movía, no parecía verme. Toqué su corazón, busqué el pulso en su muñeca,

en su cuello.

Todo inútil. Estaba muerto.

Tuve la sensación terrible de que, por segunda vez, un hombre había sido asesinado en mi presencia. Sin que nadie le tocara, sin otro persona delante que yo mismo.

No existía asesino en aquella habitación. Pero sí asesinato.

CAPÍTULO VI

—Veneno, Osborn.

—¡Veneno! Sí, doctor Nelson, lo imaginaba... ¿Ingerido por los pulmones, a través de un cigarrillo? —sugerí, nervioso.

—¿Cigarrillo? —Me miró con disgusto el forense, sacudiendo la cabeza de lado a lado—. Diablos, no, Osborn. No fue así.

—¿No? Pues... No lo entiendo. ¿Cómo fue envenenado?

—Por vía intravenosa —me explicó—. Como inyectado en la sangre. Llegó al corazón en pocos segundos, causándole una muerte inmediata.

—Inyectado ¡Pero él estaba delante de mí y no le tocó nadie, porque no había nadie, excepto yo mismo! —protesté—. A menos que la inyección sea de efecto retardado, y...

—¿Retardado? —El médico soltó una seca carcajada, encaminándose a la salida—. Cuando le hagamos la autopsia estará todo más claro, pero vaya esto por delante, Osborn: la clase de veneno utilizado es de las más mortíferas y rápidas. Nadie viviría ni un minuto, con ese producto mezclado en su sangre...

Salió airadamente de allí. Yo me quedé contemplando al ceñudo y sombrío teniente Aylmer, que recorría el suntuoso despacho con sus hombres por doquier, buscando huellas de cualquier cosa, aunque quizá ni ellos mismos sabían a ciencia cierta qué estaban buscando.

—Mi querido Osborn, esto pasa ya de castaño a oscuro —refunfuñó el teniente—. ¿Es que usted es siempre testigo de todos los asesinatos que se cometen en la ciudad?

—Testigo de ellos... y de la ausencia de criminal, teniente.

—¿De verdad estaban solos los dos aquí? —dudó Aylmer.

—Sobre eso, no hay la menor duda.

—Pero se le inyectó un veneno. Y tuvo que ser en su presencia, Osborn.

—Yo no vi nada. De Wolf entró al marcharse Van Eysen, y de eso hacía ya mucho tiempo cuando ocurrió la muerte. Los dos hombres no se encontraron.

—Siempre nos queda el recurso de la clásica cerbatana, aunque esté ya muy en desuso —comentó sarcásticamente Aylmer.

—¿Cerbatana? Ni siquiera eso, teniente. ¿No se ha dado cuenta de que todas las puertas están cerradas? Una es de vidrio deslizante que sólo se abre cuando alguien pisa el exterior o el interior, ante la misma. Las otras, son de sólida madera, estaban cerradas durante todo el tiempo, puedo jurarlo... y no tienen cerraduras siquiera.

—Muy cierto —me contempló, abstraído—. De modo que el crimen es totalmente imposible... a menos que usted mismo le hubiera inyectado, si él no se suicidó.

—No, no se suicidó. Tenía demasiado miedo a morir para una cosa así. Quería contratarme para su protección, a cualquier precio.

—Entonces, sólo queda una posibilidad —me dijo, sarcástico—: Usted, Osborn.

—¿Sospecha de mí? —Seguí su broma, aunque algo malhumorado.

—¿De quién, si no? No creo en fantasmas.

—Recuerde que en casa de Bartok éramos dos testigos: Hy y yo. Y sucedió algo parecido.

—De modo que usted sí cree en fantasmas.

—No dije eso. Sólo trataba de defenderme, teniente. No me gusta ser sospechoso de un crimen, ni siquiera por pura broma.

—Es que yo, mi querido amigo, en esta ocasión, no bromeo —me dijo con gesto huraño.

Y tuve la poco agradable sensación de que mi amigo, el teniente Aylmer, de Homicidios, decía la verdad.

—¿Sospechoso? ¿Tú, sospechoso? —Se escandalizó Hy—. ¡Cielos, ese hombre está loco, Dane!

—No, no lo está. Aylmer es la viva imagen de la razón y la lógica, Hy.

—Pero tú sabes que eso no es cierto, como lo sé yo... Estuve contigo en casa de Bartok, vi lo que sucedía allí... Ya no puedo sorprenderme de nada. ¿Qué más da un lazo estrangulador que una inyección venenosa, Dane? Si hicieron una cosa sin estar el criminal presente, igual pudieron hacer la otra.

—Pero ¿cómo? Es lo que enloquece a Aylmer, al doctor Nelson, a mí... Hy. Tiene que haber un medio, una forma lógica de que esos crímenes se cometan. Tiene que haber alguien...

—Sí, pero ¿quién? ¿Dónde? —me replicó Hy, con aplastante sentido común.

Tuve que callarme. Estaba recordando cada momento vivido en el despacho del edificio De Wolf con el dueño de éste, en el despacho de la planta alta. No recordé ningún momento en que De Wolf hubiera podido ser inyectado por nadie, ni siquiera a distancia. Cabía la remota posibilidad de que se hubiera engañado el doctor Nelson en sus apreciaciones, pero eso era esperar demasiado. El no acostumbraba a equivocarse.

Y, fuese como fuese, estaba el otro caso: la muerte de Bartok. Sobre eso no cabía la menor duda, y la situación era virtualmente la misma...

—Es para enloquecer, Hy —murmuré, abatido, paseando con ella bajo la llovizna, a lo largo de Madison Avenue, hacia el centro médico donde ella trabajaba—. Me pregunto qué va a suceder, si esto continúa... Es como si el asesino se complaciese en seguir mis pasos e ir tendiendo trampas ingeniosas a lo largo de toda mi senda. Como si planeara minuciosamente cada crimen, para que yo esté presente cuando tiene que suceder...

—Es como un desafío a tu ingenio, Dane —me señaló ella—. ¿No lo has pensado en ningún momento?

—Claro que sí. El desafío existe. El criminal me retó de antemano, y está destrozando mi tablero en esta partida sangrienta. Siguiendo su propio símil, no sé qué pieza mover ni hacia dónde ir, para no ser atacado de nuevo, y verme en un jaque que puede llegar a ser el mate definitivo.

—¿Supones que el asesino es un jugador de ajedrez?

—Pudiera serlo. Cuando menos, lo es en la vida real, aunque utilice seres humanos como piezas... Me pregunto ahora quién será el próximo...

—¿El próximo? —Se detuvo Hy, con sobresalto—. Dane, ¿es que temes que pueda haber... otros?

—Sí —la miré con franqueza—. Lo temo. Lo presiento, Hy. Esto no ha terminado aquí. Hay algo oscuro y terrible en todo esto. Quisiera saber lo que es. Solamente quedan tres sospechosos y tres

posibles víctimas, al mismo tiempo.

—¿Quiénes, Dane?

—El propio Paul van Eysen, John Oxley e Yvonne Anderson. Una mujer y dos hombres, antiguos miembros del gran *trust* financiero de «Los Siete Grandes». Habrá que esperar a que dos de ellos mueran, para señalar al culpable. Y aun entonces... ¿cómo probar que fue esa persona si ni siquiera ha habido un criminal presente en cada asesinato?

Habíamos llegado a la puerta de mi oficina. Hy se despidió de mí, depositando su mano, suave y tibia, entre las mías. Oprimí sus dedos con calor. Ella me sonrió dulcemente.

—Hasta mañana, Dane —se despidió ella con voz profunda y llena de ternura—. Por favor, ten cuidado. Lo que no soportaría es que tú fueses la víctima...

—Gracias, Hy —creo que por vez primera la vi cómo mujer, y no como universitaria, en mi propio curso. Era bonita, dulce, atractiva, muy femenina. Me incliné. Besé sus labios, y no protestó por ello. En vez de eso, sonrió con mayor dulzura aún—. Hasta mañana. Pensaré en ti. Creo que será mucho más agradable que hacerlo en esos malditos asesinatos...

—Y para mí, mucho más halagador, Dane querido —me dijo, antes de alejarse bajo la llovizna de Manhattan.

La seguí con la mirada. Sí, ella tenía razón. En cinco años, se cambia mucho. Ya no eran aquellas piernas con calcetines, zapatos bajos y falda juvenil. Eran unas bellas pantorrillas, sobre un taconeo rítmico y gracioso, unas curvas muy atractivas y un cuerpo en plenitud, que sería injusto agostar entre quirófanos, laboratorios y salas de consulta o habitaciones de hospital.

Lo cierto es que subí a mi oficina mucho más animado, y ni siquiera paré atención en el sempiterno trabajo de Belinda ni en su presencia, hasta que ella, profesional y eficiente, me habló:

—Tiene ahí dos mensajes. Uno del Departamento Forense. Y otro personal...

¡Personal! El recuerdo del mensaje anterior acudió con rapidez a mi mente. Olvidé a Hy Henreid y su bonita figura. Era lo malo que tenía aquel maldito caso.

Resultaba incómodo y absorbente hasta la obsesión.

Tomé ambos sobres cerrados. Dudé un momento. Primero leí el

informe definitivo del forense, tras la autopsia al cadáver de Allyson De Wolf.

Me detuve especialmente en un párrafo:

«Muerte rápida, por infiltración venosa de un veneno muy activo, de tipo vegetal, cuya composición y naturaleza se cita al final de este informe. Desde el momento de su inyección en la sangre, hasta su llegada mortal al corazón, no pudieron transcurrir más de cuarenta y cinco segundos.

Sin huellas de aguja hipodérmica o cualquier otro instrumento punzante en las venas.

Pero eso no descarta que el pinchazo fuese tan sutil que no dejara apenas huella externa».

Anexo al informe, figuraba un documento mecanografiado en el Departamento de Homicidios. Era copia, y decía textualmente:

«En el despacho del edificio De Wolf, donde tuvo lugar la muerte de Allyson De Wolf, no se ha hallado ningún objeto punzante de tipo alguno, ningún cuerpo afilado lo suficiente como para contener veneno en su punta y serle inoculado al difunto por contacto directo, a través de un pinchazo.

Examinado exhaustivamente el lugar y cada pieza y objeto del mismo, confirmo este extremo.

»P. *Aylmer*, teniente de Homicidios».

El caso cobraba caracteres alucinantes. No era posible nada de todo aquello. Pero estaba sucediendo, contra toda lógica y razón, y eso es lo que contaba.

Tomé el sobre calificado de «personal». Era diferente al anterior, pero intuí que su naturaleza era similar. Lo abrí, encontrando una simple tarjeta grande, blanca y satinada.

Sobre el tarjetón se había escrito con la misma tinta azul, difusa:

«Ya cayó otro. Y usted sigue desorientado. Habrá más. Cuando caiga el penúltimo, usted morirá con él. Es mi jaque mate final».

Antes de que pudiera hacer nada, empezó a disolverse el texto. Lo releí, tirando el tarjetón cuando estuvo en blanco. Belinda lo tomó, contemplando su superficie tersa, aparentemente virgen. Sacudió la cabeza con desaliento, volviendo a su máquina de escribir.

—Todo sigue igual, ¿verdad, jefe? —me preguntó con tristeza.

—No —negué—. Peor.

La dama me contempló fríamente. De Wolf había tenido razón. Era calculadora como un hombre, dura como un luchador, y carente de piedad, como cualquier financiero del sexo opuesto. Pero también era hermosa.

La hermosura de Yvonne Anderson tenía algo de inquietante y lascivo, pese a su edad, rayana ya en la cuarentena. Se conservaba perfectamente, era alta, bien formada, de senos llamativos y caderas bien moldeadas por su negro vestido de terciopelo. Al sentarse, cruzaba tan descuidadamente sus piernas, que la línea perfecta de sus muslos se hacía visible, para gozo de la vista.

—De modo que ha venido a prevenirme —dijo escuetamente.

—Sí, señorita Anderson —afirmé—. A eso he venido.

Me estudió con aquella frialdad suya que estaba en desacuerdo con la voluptuosidad de su boca carnosa y el erotismo latente de su cuerpo agresivo. No parecía humana, pero bajo aquella máscara debía serlo más de lo que parecía. El hecho de que existiera un guapo y joven *playboy* a quien mantenía a todo lujo, lo demostraba así.

—Muy bien —suspiró—. ¿Qué quiere, a cambio de su amabilidad?

—Nada. Sólo quiero que se cuide. Quedan ustedes muy pocos. Solamente tres.

—¿Tres?

—De los «siete», claro. Usted sabe a lo que me refiero.

Sus ojos oscuros centellearon. Se arregló un imaginario desperfecto de su bien cuidado cabello castaño, adornado con un mechón de pelo plateado.

—He leído los últimos sucesos —dijo—. Usted estuvo presente en ambos, según creo.

—Tuve esa desgracia, señorita Anderson —asentí.

—¿De veras no existe un asesino?

—Usted sabe que existe. Yo también. Todos lo sabemos. Pero es simple teoría.

En la práctica, no he visto a nadie atacar a Bartok o a De Wolf.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé —confesé bruscamente—. Nadie parece saberlo.

—Pero usted... es un famoso detective. Debería saberlo, tener alguna idea...

—Desgraciadamente, usted tiene razón —me mordí el labio inferior—. No me gusta admitirlo, pero estoy fracasando lamentablemente. No sé ni siquiera dónde estoy, señorita Anderson. Ya ve que le soy tremendamente sincero. No veo nada claro.

Me siento fracasado. Rotundamente fracasado, por ahora. Pero no vencido.

—¿Por qué ha venido a ponerme en guardia?

—Es un deber de humanidad. He sido advertido a mi vez.

—¿Advertido?

—Por el propio asesino —asentí gravemente—. Van a caer dos más. Quedará uno solo: el culpable. Pero no quedará ya nadie que pueda saber la identidad del Superviviente. Y yo mismo seré ejecutado con su última víctima, para que no pueda ganar la baza final.

—¿Admite de ese modo la amenaza? ¿Acepta el riesgo de antemano?

—No tengo otro remedio. Intentaré defender mi vida, pero será difícil. Si la muerte puede llegar de cualquier punto, no habiendo nadie a mi lado, es inútil luchar o andar espiando a los demás. Llegará, de todos modos.

—¿Cree en un asesino invisible? —se mofó ella.

—Estoy obligado a creerlo, puesto que he visto morir a dos hombres sin que nadie les tocara.

—¿Por qué ha venido precisamente a mí? También está Oxley. Y Van Eysen.

—Ya hablé con Van Eysen. El sabe muy bien lo que ocurre. Espera acontecimientos, es todo. Advertirle es perder el tiempo. Es más: asegura que conoce las causas de que todo esto suceda. Incluso puede que sepa quién es el asesino. Pero, por alguna razón que no entiendo, no quiere hablar. En cuanto a John Oxley... he llamado

insistentemente a su casa, pero no responde nadie.

—Oxley acostumbra a estar fuera largas temporadas. Es el más gris y sin personalidad de todos nosotros. Dudo mucho que pueda ser un asesino.

—¿Se inclina más por Van Eysen?

—Tampoco. Me parece el más duro, cruel y despiadado de todos nosotros. También el más inteligente y audaz. Pero eso es todo. Creo que no encaja en mi idea del asesino que usted cita.

—Pues en tal caso... sólo queda usted, señorita Anderson —sonreí.

Ella se echó atrás en su asiento, riendo suavemente entre dientes. Estiró las piernas y se contempló las puntas de sus zapatos con aire pensativo.

—Señor Osborn, yo sí puedo ser la perfecta asesina —dijo burlonamente—. No me importaría matar a todos los demás y quedarme sola. Pero no tengo el don de hacerme invisible.

—Tampoco lo tiene el criminal. Debe haber una explicación para todo. ¿De modo que admite ser la sospechosa ideal, el asesino más idóneo de los «siete»?

—Sí. No tengo por qué negarlo. Todos ellos son gente capaz de lo peor. ¿Por qué no eliminarles de este mundo, si eso reporta un beneficio?

—La felicito. Tiene un gran sentido práctico. Pero... ¿reporta, realmente, un beneficio?

—Claro —me miró con sorpresa—. Creí que ya lo sabía, Osborn.

—Saber... ¿qué? —indagué secamente.

—Lo de los millones... Los fondos comunes de «Los Siete...».

—Creí que estaban ustedes separados socialmente —parpadeé.

—La estamos. Pero hubo un fondo imposible de mover, porque estaba a nombre de los «siete». Y sólo podía ser recuperado por uno de los siete o por todos nosotros, llegado el momento.

—¿Qué momento?

—Hace ya varios años que disolvimos nuestra sociedad, tras enriquecernos considerablemente todos, y llegar al pináculo de nuestra posición financiera colectiva e individual, Osborn. Exactamente, cuatro años y unos meses. Pero dejamos un depósito bancario de varios millones de dólares. Dos por cada uno de nosotros. Esos millones, en casi cinco años, han dado un buen

dividendo, que se va uniendo a la suma inicial. Está formalizado que no puede ser tocado en cinco años, bajo pretexto alguno.

Al término de ese período, los supervivientes del grupo recuperarán el capital, liquidando el fondo a fecha fija. Cuando disolvimos el grupo, no fue posible rescatar el dinero, a causa de tal condición, establecida de modo inicial, con la Banca extranjera que se hizo cargo del fondo.

—De modo que ahora, dentro de pocos meses, posiblemente *uno sólo* de ustedes recupere un montón de millones para sí solamente, al haber desaparecido todos los demás... —comenté, pensativo—. Ése es el móvil de todo esto...

—Posiblemente lo sea. Pero aun siendo mucho dinero, recuerde que todos tenemos infinitamente más del que hay allí depositado.

—No importa. El ser humano siempre ambiciona más, por mucho que tenga —sonreí—. Suponga que todos desaparecen. ¿De quién sería ese fondo?

—Del familiar más directo de cualquiera de los miembros del grupo. Si hay varios familiares de igual condición, se divide el fondo, como si fuéramos nosotros mismos. ¿Satisfecho?

—Sí, gracias. Me ha dado una valiosa información. ¿Usted tiene familia?

—No —suspiró ella—. Sólo un buen amigo. El quiere casarse conmigo. Yo, no. No deseo que un pariente cercano ambicione mi muerte para quedarse con todo lo mío. Los demás tienen algunos parientes, eso sí.

—Y Thorley Vaughan tuvo una esposa... que aún vive —dije, bruscamente.

—Es el único que se casó de todo el grupo —me miró irónica—. ¿Qué le ocurre?

¿Ve ya más sospechosos, fuera de nosotros siete, Osborn?

—Puede ser —admití, preocupado—. Pero un familiar hereda suficiente dinero de uno solo, al morir éste, como para ambicionar más millones, asesinando al resto de miembros del grupo de «los siete».

—Eso es cierto. Suficiente dinero para saciar una ambición bastante grande.

Como usted dice, quizá el criminal siempre ambicione más, como los financieros.

—No, eso no es todo —resoplé—. Ha de haber algo más, que no alcanzo a ver... En fin, señorita Anderson, le doy las gracias por todo. Y cásese con su amigo, si realmente desea usted hacerlo. Ahora, ya sabe que alguien más que él deseará poner fin a su vida. Puede que tenga suerte, y él sea el único que no le desee ningún mal, ni siquiera una vez convertido en su esposo...

Abandoné la residencia de Yvonne Anderson, en la Quinta Avenida neoyorquina. Hice otro intento por localizar a John Oxley por teléfono. Nadie respondió a mi llamada, y renuncié a ello por el momento. Quizá si estaba fuera de la ciudad, Oxley se salvará por el momento del asesino.

Estaba realmente cansado. Me encaminé a casa, dispuesto a descansar y tratar de olvidar siquiera durante unas horas, aquel maldito caso que no hacía sino despertarme dolores de cabeza.

Estaba seguro de haber hallado, al fin, el motivo de los crímenes. Pero dos puntos trascendentales seguían sumidos en la más impenetrable de las sombras: ¿quién era el culpable? Y, sobre todo... ¿cómo era capaz de matar, sin estar presente, y con testigos de su crimen?

Cuando llegué al edificio donde residía, me esperaba una sorpresa. Y muy desagradable, por cierto.

Una persona me aguardaba en la puerta, impaciente. Una encantadora persona, que logró despejar mi dolorida cabeza, e incluso hacerme olvidar el cansancio.

—¡Hy! —Llamé, gratamente sorprendido, yendo a su encuentro—. ¿Tú aquí, a estas horas? ¿Qué es lo que sucede?

Me miró. Inesperadamente, se arrojó en mis brazos, con un ronco sollozo, golpeándome con su maletín de blanca piel, donde llevaba su material de trabajo clínico.

—¡Oh, Dane, éste es el momento más feliz de mi vida! —murmuró—. Creí que no te vería ya nunca más...

Era agradable sentirse rodeado por sus brazos. Y besarla. Porque era ella la que me besó en principio, y sus húmedos labios me hicieron estremecer. Sólo que sus palabras lograron intrigarme profundamente.

—¿Feliz? ¿No verme más? —La aparté un poco, tomándola por ambos brazos—. ¿De qué estás hablando, Hy querida?

—El... el mensaje... Era horrible, Dane...

Y buscó en sus bolsillos, hasta encontrar algo rugoso, que me tendió, con mano trémula. Reconocí aquel tarjetón blanco, satinado. Era idéntico al que yo recibiera.

Pero en esta ocasión, no utilizaron ninguna clase de tinta simpática o disolvente. El texto, escrito a máquina, figuraba allí claramente:

«Su amigo Osborn morirá pronto. Trate de apartarle de su actual camino. Es la única posibilidad de sobrevivir».

Me sentí asustado por primera vez. Y ahora, no por mí, sino por ella. Por Hy. No me gustaba que la mezclaran en mis asuntos. Eso significaba peligro para ella.

Y también significaba que el asesino nos vigilaba muy de cerca...

—Me encuentro mejor, Dane —dijo, depositando la copa en la mesa. Se echó atrás en el sofá—. Gracias...

—No digas esas cosas, Hy. Soy yo quien debe pedirte perdón por haberte visto mezclada tan desagradablemente en este asunto. Antes, con motivo de nuestra visita a Bartok. Ahora, con ese maldito mensaje...

—¿Es del asesino? —preguntó con voz débil. No tuve valor para mentirle. Afirmé despacio, pero con energía.

—Sí —admití—. Es del asesino, Hy. Nos vigila. Prevé todos mis pasos, conoce a mis amistades, calcula mis movimientos... Es desesperante sentirse acosado, vigilado, y no ver dónde se halla esa persona... A veces, llego a creer, realmente, que es invisible.

—Eso lo explicaría todo. Pero científicamente es imposible, Dane.

—Claro. Lo que ocurre es que pierdo a veces la calma, e incluso el sentido de la pura lógica —me quejé amargamente, con gesto de ira—. Hy, querida, quisiera decirte algo: cuídate mucho. Procura reunirte conmigo lo menos posible. Si hay que correr algún riesgo, quiero hacerlo solo. No me gustaría complicarte a ti en nada, si he de ser sincero.

—No me complicas tú, Dane. Son las circunstancias, el hecho de que la vida nos haya unido otra vez, tras ese tiempo de

separación... No me arrepiento de nada, Dane.

Te seguiré viendo, siempre que ello sea posible. No te rehuiré. En absoluto, puedes estar seguro. Si ese asesino quiere atacarnos, que lo haga. Su trabajo será mucho más complicado. ¿Sabes una cosa? En el fondo me parece que también él empieza a perder el control de sus nervios.

—Es curioso —la miré, gratamente sorprendido—. Es lo mismo que he pensado yo al leer ese mensaje. Lo ha hecho precipitadamente. Acaso sabe ya que estoy cerca de él, que conozco datos precisos, que el cerco se va estrechando y cada vez le será más difícil salir de él e intentar un nuevo golpe... Hy, pequeña, debes cuidarte mucho.

Un criminal nervioso es aún más temible que estando en posesión del control de sus nervios.

—Lo sé. Pero te repito que no me asusta. Tengo fe en ti. Creo que acabarás ganándole la partida, a pesar de todas sus bravatas.

—No estoy yo tan seguro... —confesé con gesto preocupado.

Tuve mucha razón en dudar de aquella victoria que preveía Hy Henreid para el futuro. Los hechos inmediatos vinieron a darme la razón a mí, en mi amargo escepticismo.

El primero de esos hechos fue la violenta explosión.

Tembló todo el apartamento, oscilaron las luces y se desplomaron algunos muebles. El estruendo restalló dentro de mi vivienda como si hubiera estallado una granada. Me precipité impetuosamente sobre Hy, derribándola conmigo a la alfombra.

—¡Al suelo! —rugí—. ¡No te muevas, Hy!

Y saqué mi pistola, mientras suelo y paredes temblaban aun violentamente...

Cubría con mi propio cuerpo a Hy. Ella no se movía, angustiada por el estruendo y sus efectos. Una nube de polvo se alzaba en el exterior, por el corredor del apartamento. Pero eso parecía todo.

—No te muevas —insistí, agazapado, empezando a desplazarme.

—¡No, Dane, no vayas! —susurró ella, asustada—. No temas. Debo hacerlo. Es posible que quien causó ese estruendo ya no esté por ahí...

Alcancé el corredor, y por él llegué al recibidor, totalmente lleno de polvo.

Sonaban voces alarmadas en el exterior. Abrí la puerta de mi

apartamento.

Frente a él humeaba la alfombra en el suelo, mostrando el techo y los muros señales de violencia, con desconchados no demasiado grandes. Mis vecinos comentaban con inquietud el hecho.

—¿Qué sucedió? —indagué—. ¿Vieron ustedes algo?

—No, nada —murmuró uno de ellos—. Fue el ruido el que nos atrajo a todos. Parece que alguien puso un explosivo a la puerta de su apartamento, señor Osborn..., pero no demasiado fuerte, por fortuna...

Asentí, mirando ceñudo los resultados de la explosión. Lo cierto es que no había sido demoledor el estallido, aunque causara la natural alarma. Estuve seguro de que quien puso en aquel lugar la carga explosiva, sabía de antemano que no iba a causar gran daño.

Regresé rápidamente al interior, temiendo lo peor para Hy. Por fortuna ella continuaba en el suelo, junto al sofá, obediente a mis instrucciones. Respiré con alivio.

—Creí que la explosión era un señuelo, para atacarte a ti —murmuré—. Por fortuna, este *living* no tiene ventanas ni aberturas al exterior. Y ahora creo entender el motivo de ese explosivo...

—¿Hay... hay víctimas, destrozos? —musitó Hy, muy pálida y jadeante.

—No, nada —la calmé—. Es sólo otra advertencia. Se estrecha el cerco a mi alrededor. El asesino no cesa de desafiarme, y no puedo hacer nada por devolverle los golpes. Tiene toda la ventaja de su parte, maldito sea.

—¿Qué se puede hacer para impedirle que siga atemorizándonos, Dane?

—Por desgracia, nada —le miré serenamente—. Hy, obedéceme en lo que te dije. Por un tiempo, no te acerques a mí. Será lo mejor, créeme.

—No, Dane. Eso no.

—Por favor, hazlo. Si se repite algo así, con un explosivo más potente, no podré hacer nada por salvarte a ti del golpe dirigido a mi persona. Sé buena chica y obedece.

En caso contrario... tendré que irme de Nueva York.

—Eso sería... una rendición.

—Lo sé. Pero no me dejas otro remedio, Hy. Debo luchar por salvar otras vidas y descubrir a un asesino. Ayúdame tú con tu

actitud.

—Está bien. Lo haré —prometió Hy dócilmente. Me rodeó con sus brazos—. Palabra que lo haré, Dane.

—Muy bien —sonreí ampliamente—. Eso está mucho mejor, cariño. Ahora, no se hable más de ello. Te llevaré hasta donde quieras: tu casa, un taxi...

—Bastará con que tome un taxi para volver. Gracias, Dane. Cuídate mucho. Temo por ti...

—No te preocupes —la llevé hacia la puerta—. Sé cuidarme solo. Forma parte de mi oficio...

Poco más tarde, Hy regresaba a su casa, con su maletín de trabajo colgando cansadamente de su brazo, y con la preocupación y el temor en su rostro.

Me sentí mucho mejor cuando me quedé solo. Era preferible así. Dane Osborn era un tipo duro de pelar, y tenía que demostrarlo. La proximidad de una mujer, no haría sino poner las cosas más difíciles.

Acudió un agente de servicio a casa, con motivo de la explosión. Logré convencerle de que aquello debía ser obra de algún extremista o cosa parecida, y redactó un informe rutinario para sus jefes. Cuando Aylmer se enterase de ello, pondría el grito en el cielo, porque él sabría enseguida que era algo más que un acto de vandalismo estúpido. Pero de momento, por aquella noche, no quería que me molestaran más.

Ésa era, cuando menos, mi intención. Pero alguien no pensaba como yo.

Lo supe cuando, aproximadamente a las dos de la madrugada, sonó el llamador de mi puerta.

Acudí, disgustado, a abrir, con mi pistola en el bolsillo de la bata, en prevención de cualquier sorpresa desagradable. Miré por la mirilla. Era raro. Habían dejado subir a un hombre a mi piso. Me pregunté cómo lo habría hecho, con el portal cerrado y el portero electrónico en funcionamiento.

Era un hombre alto, de mediana edad, fuerte y bien vestido, con cabello oscuro y ojos grises, por lo que pude ver a través de la mirilla. Llevaba una gabardina azul oscura. Parecía preocupado, y miraba a un lado y otro del corredor, no pasándole desapercibidas las huellas de la reciente explosión.

—¿Quién es? —pregunté, sin abrir.

—Abra, por favor, señor Osborn —dijo—. Es muy urgente.

—Lo supongo. Pero no acostumbro a recibir visitas de madrugada, y menos cuando estoy cansado... y esa visita no lleva faldas —repliqué acremente—. Vuelva mañana.

—No, no —rechazó—. Tiene que ser ahora. Es urgente. Muy urgente.

—Está bien —dije—. ¿Cuál es su nombre?

—Oxley. John Oxley —dijo.

Le abrí la puerta. El parecía saber que su simple nombre sería suficiente para abatir todos los obstáculos. Y en esta ocasión, tenía toda la razón del mundo.

CAPÍTULO VII

—Es usted uno de los tres supervivientes... El único a quien no conocía.

—Sí, Osborn. Yo soy.

—En cambio, usted parece conocerme muy bien a mí...

—Le conozco. Es usted muy popular desde que ha sido testigo de dos asesinatos calificados de imposibles por la prensa.

—Esa popularidad no me honra en absoluto —me irrité. Quedé contemplando a mi visitante, justo ante él, erguido sobre mis piernas abiertas—. ¿Cómo llegó aquí arriba, señor Oxley? Se supone que debía llamar antes al portero electrónico...

—Temí que no me abriese en ese caso —sonrió Oxley—. De modo que utilicé mis propios recursos.

—¿Recursos? ¿Qué recursos? —Me sentí intrigado.

—Dinero. Eso abre todas las puertas. Incluso un portero electrónico. Llamé a otro piso, diciendo que se trataba de algo urgente y valioso. Me abrieron, aunque desconfiados. Me presenté a ellos, mostrándoles mi identificación, y les compensé con una suma respetable. Eso les convenció. Me han visto llamar aquí, y eso basta. Saben que no soy un delincuente.

—Extraño modo de resolver las cosas, señor Oxley, Alguna vez el dinero no le bastará para salir de apuros...

—Esta vez, por ejemplo —dijo, mirándome patético—. Estoy aterrorizado, Osborn. Van a matarme.

—¿Cómo lo sabe? —Le miré, recordando los terrores de De Wolf. Ahora, ése estaba muerto. Esperaba que Oxley no repitiera el acontecimiento, si es que decía la verdad.

—Es obvio, Osborn. Sólo quedamos Van Eysen, Yvonne y yo. Sé que no soy culpable. Por tanto, soy víctima. Uno de ellos es culpable.

—¿Sospecha de uno en particular?

—Cualquiera pudo hacerlo. Pero creo que es Van Eysen.

—¿Por qué?

—Es la clase de hombre que mataría hasta a su sombra, con tal de amasar más dinero.

—Ya. El fondo de «los siete», ¿eh?

—¿Sabe eso?

—Me lo contó Yvonne. ¿Por qué no la cree culpable a ella, señor Oxley?

—Porque no es posible —rechazó—. Es una mujer, Osborn.

—No se fíe de eso —reí entre dientes—. He conocido a mujeres que fueron capaces de asesinar a toda su familia, sólo por quinientos dólares de beneficio... Debe haber alguna razón más convincente que la del sexo para exceptuar a una persona del campo de las sospechas, Oxley. Por cierto, ¿no nos hemos visto usted y yo antes, en alguna ocasión?

—No, que yo sepa —me miró fijamente—. ¿Por qué lo pregunta?

—No sé... Me pareció haberle visto antes. Tal vez me equivoque.

—Yo sólo le conocía por fotografía —meneó negativamente la cabeza—. No, no creo que nos hayamos visto anteriormente, Osborn.

—Quizá. Por un momento, su rostro me resultó familiar. Dejemos eso, Oxley...

¿Por qué se ha tomado todas esas molestias en venir esta noche a mi casa?

—Le seré sincero, Osborn. Quiero que me ayude. A cualquier precio.

Iba a negarme, cuando recordé a De Wolf. Claro que tampoco hubiera servido de nada aceptar su ofrecimiento, pero Oxley me dio cierta pena. Estaba aún más asustado que De Wolf. Cuando menos, podía ser piadoso con él, dándole una evasiva.

—¿Qué espera que haga por usted?

—Protegerme del asesino.

—No soy guardaespaldas, señor Oxley.

—Descubra al criminal. Será el modo de salvarnos a los demás. Ese dinero me importa poco. Lo que cuenta es mi vida. Le pagaré lo que me pida. Si resuelve esto, antes de que pueda sucederme nada, le colmaré de oro, se lo juro.

—No será suficiente tanto —sonreí—. Estoy tratando de llegar al final. A veces toco la solución con la punta de mis dedos, pero inmediatamente se ensombrece todo. Ni siquiera parece haber un asesino de carne y hueso...

—Pero lo hay. Y es uno de ellos dos, seguro.

—Ellos dicen lo mismo que los demás. Es un callejón sin salida, amigo mío.

—Pero uno de nosotros tiene razón —gimió Oxley.

—Evidentemente —le contemplé, pensativo—. ¿Tiene usted familia?

—No. Soy solo. Tuve... tuve familia, pero de eso hace ya tiempo. Nadie puede heredarme, si a eso se refiere. Si muero, todo pasará al asesino y a los supervivientes, si los hay. O al asesino solamente, si los demás mueren. Está especificado así.

—Lo sé. ¿Y si murieran todos? ¿Los «siete»?

—Imposible. Uno de nosotros mató a los demás.

—Suponga que no fuera así. Si todos caen... ¿quiere recibe esos fondos?

—El familiar más directo de uno cualquiera de nosotros. Naturalmente, se considera en este caso como primer familiar, según dispusimos, a hijos, padres y hermanos.

—¿Y esposo o esposa?

—En absoluto —rechazó Oxley—. Votamos esa posibilidad, desheredando a cualquier cónyuge, para evitar posteriores ambiciones. Piense que cuando pusimos ese fondo, no teníamos más que esos millones, y lo poco que reservamos para nuestras actividades. Era el principio del grupo, el inicio de nuestra actual fortuna.

—Lo entiendo. Pero ignoraba esa circunstancia, señor Oxley. Y de verdad que es muy interesante, porque ella exime de toda sospecha a una mujer: Hazel Vaughan, la viuda de Thorley...

—Por supuesto. Era el único casado del grupo, pero ella no percibirá un solo dólar en ningún caso.

—De modo que no hay hijos, las esposas no cobran... Sólo padres, hermanos, en ese caso.

—Es una posibilidad absurda. Creo que a ninguno nos viven los padres. Y no sé de nadie que tenga familia, excepto...

—Excepto, ¿quién? —indagué vivamente, al ver que se paraba,

humedeciendo sus labios, perplejo.

—Oh, nada, no tiene importancia. Hablaba de alguien que no cuenta en esto...

—¿Por qué no me deja que sea yo quien opine acerca de eso? —indagué, mirándole muy fijo, mientras él, en el sofá que yo habitualmente destinaba a mis visitas, se rebullía, algo inquieto.

—Bueno, puedo decírselo, pero no creo que... —comenzó con tono suave.

Le interrumpí con un gesto. Extraje el arma de mi bolsillo, mientras insistía en hacerle guardar silencio. Me miró, preocupado, tenso. Había palidecido de pronto, y parecía realmente asustado. Tragó saliva, abriendo mucho sus ojos inquietos.

Yo miré hacia el corredor. Estaba seguro de haber notado el roce en la puerta, como si alguien tratara de abrirla subrepticamente. Agucé el oído y capté una rara, ronca respiración entrecortada, allá tras la puerta de entrada a mi apartamento.

La noche comenzaba a hacerse molesta con tantas visitas, no todas ellas recomendables. Me desplacé, tras pedir de nuevo silencio a mi interlocutor, que se quedó encogido en el sofá, pendiente de lo que sucedía en el lado opuesto de la vivienda.

Estaba ya en el corredor, cuando sonó el chasquido en la cerradura, fuerte y brusco, muy claro en su sonido. Ya no había duda. Alguien manipulaba en mi puerta.

Me precipité a la carrera, pasillo adelante. Alcancé la puerta. Sin vacilar, adelanté mi mano armada y abrí bruscamente.

A pesar de que hacía solamente un par de segundos que captara el fuerte ruido violentando la cerradura... no vi a nadie en el exterior.

Traté de salir, en busca del responsable de aquellos ruidos. Di solamente un par de pasos hacia la salida.

En ese mismo momento, sonó un agudo, horripilante alarido de mi casa. Sentí que se me erizaban los cabellos. Era un grito de terror, de angustia, de muerte acaso...

Reconocí en él la voz de mi visitante, John Oxley...

Precipitadamente, corrí en sentido opuesto, sintiendo que la sangre golpeaba mis sienes, y el corazón bombeaba furiosamente. Alcancé el *living* en un instante. No encontré ni vi a nadie en todo

el camino, como era lógico. En el apartamento, que yo supiera, estábamos solos Oxley y yo.

Aun así, cuando llegué al *living*, supe que el asesino fantasma había atacado de nuevo.

Frente a mí, yacía John Oxley sobre la alfombra, al pie del sofá. De su espalda, sobresalía la empuñadura de un arma blanca, posiblemente un estilete o afiladísimo cortapapeles.

La tenía hincada hasta la empuñadura, a la altura de sus omóplatos. La herida era mortal de necesidad. Es más: cuando alcancé a Oxley, ya estaba muerto.

Miré en torno mío con estupor, realmente horrorizado.

Un *living* sin ventanas, con sólo dos puertas, una al corredor y otra a la ducha... Corrí hacia ésta, me asomé..., El pequeño cuarto no mostraba nada especial, al dar su luz. La única ventana, pequeña y esmaltada, aparecía asegurada con su pestillo.

Regresé a la carrera, recorrí todo el pequeño apartamento, sin hallar señal alguna de ser viviente. Cerré la puerta de mi piso, asegurándola para evitar toda posible evasión, y repetí el registro, exhaustivamente.

De antemano sabía que era inútil. No encontraría nada ni a nadie. Pero tenía que hacerlo. Porque estando a solas conmigo, en mi propio apartamento, un hombre había sido muerto de una cuchillada feroz en su espalda. El simple examen de la herida y la posición del mango del arma, servía para desechar toda posibilidad de accidente o suicidio.

Era un crimen. Sin criminal. Uno más.

Tomé el teléfono. Llamé a la policía. Era lo único que podía hacer ya. Apenas había colgado el receptor, cuando oí de nuevo el llamador, ahora del portero electrónico. Mascullando una imprecación, corrí a atender la llamada.

—¿Quién es? —pregunté, por el sistema acústico.

—¡Dane! ¡Soy yo, Hy! —Su voz me llegó clara, nítida, inconfundible.

—¡Hy! —Se me erizó el cabello, al pensar que ella estaba allí, y el asesino podía andar cerca, acaso dentro del edificio, tras hurgar en mi puerta, mientras moría Oxley—. Pero ¿qué diablos haces aquí de nuevo? ¡Vuelve a casa, pronto!

—Dane, por el amor de Dios, abre... No puedo dormir en casa.

Estoy aterrorizada... Hubo... hubo alguien en casa esta noche... Te traigo algo...

—Cielos, yo también tengo aquí algo —murmuré, aturdido. Tomé una decisión—. Está bien. Sube, Hy. Te espero en la escalera. Ya te explicaré.

Cuando entró ella, ya estaba yo en los escalones de acceso, arma en mano. La vi llegar con su sobre todo color claro, abotonado. Pálida, despeinada, con gesto de terror. La tomé contra mí, cálidamente, y subí con ella a casa. Cuando estuvimos dentro, tras un momento de duda, le informé:

—Lo siento, Hy. No entres en el *living*. Hay... hay otro cadáver...

—¡Dios mío, no! —sollozó ella, angustiada, trémula—. No es posible. ¿No será... John Oxley, verdad?

—¿Cómo lo sabes? —La miré, preocupado—. ¿Quién te dijo eso, querida?

Ella no habló. Me tendió otro de aquellos malditos tarjetones, también mecanografiados esta vez. Con un simple mensaje, breve y amenazador:

«Esta noche morirá John Oxley. Y Dane Osborn con él. Nadie puede evitarlo».

—Estaba... estaba en mi propio dormitorio... —sollozó Hy Henreid—. Alguien entró, en mi ausencia y lo dejó allí. Dane... Al hallarlo me asusté mucho... y volví aquí, para advertirte, para no separarme de ti, ocurra lo que ocurra... Y resulta que ya ha sucedido...

—Al menos, parte de ello —reí huecamente—. Yo sigo con vida, cuando menos. Ven, siéntate...

—No, no, Dane. Quiero... quiero verlo... —susurró ella débilmente—. Recuerda que, además de mujer... soy médico. Tengo entereza para esas cosas, no te quepa duda...

—No, no me cabe la menor duda, Hy. Sé que eres valiente. Y tienes una profesión donde es difícil sentirse impresionada. Ven, lo verás. No sé cómo, pero... un cuchillo terminó con su vida. Aquí mismo, sin haber nadie excepto yo... y sin huecos por dónde llegar el arma.

Entramos en el *living*. Hy se acercó. Miró el cuerpo. Luego, pese

a ser médico y todo lo demás, le fallaron las fuerzas, acaso por las emociones de la noche. Se desvaneció.

La recogí en mis brazos. La puse sobre otra butaca. Fui al cuarto de ducha, en busca de agua fresca y de un tarro de sales. Era todo lo que necesitaba. Hice correr el grifo unos momentos, empapé una toalla y volví junto a ella. Se recuperó rápidamente. Ni siquiera necesitó despojarse de su sobretodo. En realidad, tiritaba, no sé si de frío o de emoción.

Nos miramos en silencio. Ella contempló con más serenidad al muerto.

—No ha sido eso lo que me hizo desfallecer —murmuró, tomando mis manos cálidamente—. Fue el pensar que tú... podrías estar también...

Besé sus manos, sus labios. Luego, recordé algo.

—La policía estará pronto aquí. Hubiera sido mejor no mezclarte en esto otra vez, Hy...

—No importa —musitó tristemente. Luego, volvió a mirar el cuerpo, obsesionada por algo. Su mirada recorrió el muro, a espaldas del sofá. Comentó—: Cielos, ¿cómo fue posible? Esa sólida pared... Esos libros en la estantería, el cuadro, el mueble... Ahí no hay huecos. ¿De dónde llegó ese cuchillo? Parece lanzado con fuerza por alguien, desde alguna parte...

—Es lo mismo que pensé yo —toqué el muro con mis dedos, estudiándolo, ceñudo—. Pero ya lo ves: el mueble bar, este tocadiscos, las estanterías, los libros...

Nada ofrece hueco al exterior o a parte alguna. Y, sin embargo, tienes razón tú: por ahí llegó el cuchillo... de alguna parte... Es imposible, pero fue así, Hy. Fue así, maldita sea...

Una sirena se aproximó, ululando en la noche. La policía estaba llegando. Y ni Hy ni yo entendíamos nada de lo sucedido allí. Absolutamente nada...

De los tres increíbles asesinatos cometidos ante mis ojos, de las tres muertes violentas llevadas a cabo por un asesino que parecía no existir... ésta era la más fantástica e imposible de todas.

El teniente Aylmer sacudió la cabeza con estupor infinito.

—Imposible, Osborn —me dijo.

—¿Imposible? —Fruncí el ceño—. ¿Qué cosa es imposible ya aquí, teniente?

—El origen de ese cuchillo. No vino de ninguna parte. No hay puertas, ventanas ni huecos o instalaciones a espaldas de Oxley. Y el cuerpo no ha sido movido...

—Claro que no —confesé, mirando a él y a la doctora Henreid—. Todo está como estuvo desde un principio.

—En ese caso, amigos míos, llegamos a una conclusión absurda: alguien le clavó el cuchillo por la espalda, aunque usted no viera a nadie.

—No puede ser, teniente —rechacé—. La casa estaba vacía. No pudo entrar ni salir nadie. Yo ocupaba la puerta. Hy estaba fuera... Imposibilidad material... a menos que fuese yo mismo el criminal.

—Eso lo resolvería todo —me miró aviesamente—. Usted estaba presente cuando mataron a Maxwell, a Bartok, cuando se suicidó Vaughan... Y ahora, esto. ¿Cree que no podría acusarle formalmente de varios asesinatos?

—Incluso es posible que me llevara a la silla eléctrica —suspiré—. Pero sabe que sería un error terrible. Yo no cometí esos crímenes.

—Me gustaría estar seguro, créame —rezongó él, malhumorado—. Bien, Osborn. Vamos allá. Debe otra explicación plausible para esto.

—Lo siento —murmuré—. No la hay.

Y contemplé, desolado, junto con Hy Henreid y con el teniente, el muro desnudo, donde era imposible que hubiese un medio de proyectar un cuchillo hacía nadie...

Y, sin embargo, así había sucedido...

Belinda me contempló, desde su mesa de trabajo, con gesto intrigado. Dejó de teclear, por verdadera excepción. Indagó, curiosa:

—¿Qué le ocurre, jefe? Le noto preocupado... Alcé la cabeza. Estaba trazando una serie de datos sobre el papel. Tenía febriles las sienes. Me temblaban ligeramente las manos.

—Sí —admití—. Estoy preocupado. Y asombrado. Creo que he estado loco este tiempo. Loco... y ciego.

—No le comprendo...

—La clave. Estaba delante de mí. Clara y nítida como no podía por serlo de otra forma. Me ha bastado pedir unos datos. Fue suficiente para atar los últimos cabos.

Es una de esas ocasiones, amiga mía, en que los propios árboles impiden ver el bosque. Creo que el propio desafío del asesino, era la forma de ocultar la realidad. Una realidad compleja, pero simple a la vez.

—¿Habla de... de esos asesinatos en los que dicen que no existe asesino?

—Sí, Belinda. Asesino siempre existe. Basta encontrarlo, hay que buscarlo, no dar palos al aire, en busca de simples fantasmas. El asesino es siempre un ser de carne y hueso, un hombre o una mujer como cualquier otro. Basta hallar el móvil, la forma en que se cometen los hechos. Eso es suficiente.

—¿Y cómo lo encontró?

—Pregunté por el único familiar que podía existir: un pariente de John Oxley, dado por muerto hace tiempo. Tengo aquí sus datos. Y recordé otro detalle muy viejo, que tenía olvidado. Eso bastó para reconstruirlo todo. Una llamada al forense y al laboratorio de la policía, completó el cuadro.

—¿Qué cuadro, exactamente, jefe? Me tiene intrigada, también ese caso tan fantástico...

—No tiene nada de fantástico. El asesino tuvo siempre sus medios de actuar. Y yo, estúpido de mí, no quería verlo...

La puerta de mi oficina, en la noche, se abrió suavemente. Una figura apareció en el umbral. Una voz suave indagó:

—No he podido por menos de escuchar el final. Dane. ¿De verdad sabes quién mató a todos esos hombres?

—Sí, Hy —sonreí tristemente—. TU FUISTE EL ASESINO, mi querida amiga...

CAPÍTULO VIII

—Dane, eso suena a locura... ¿Quién podría creerlo? — murmuró la doctora Hy Henreid.

—Cualquiera, cuando aportase las pruebas adecuadas.

—¿Qué pruebas?

—Tu auténtico nombre, por ejemplo: Ada Hyer Oxley, HERMANASTRA NATURAL de Oxley... suficiente parentesco para heredarlo todo, una vez muertos «los siete». Tú lo sabías. Ya en la Universidad usabas ese otro nombre, para ocultar tu relación con los Oxley. Luego te valiste de ello. Jugábamos al ajedrez entonces, ¿recuerdas, Hy? Yo no lo había recordado en todo este tiempo...

—¿Y eso es suficiente?

—Sí. Es suficiente. Y el sentido del humor de Bartok... Debí pensar en ello. Planeó una broma contigo: fingir que moría ante nosotros. Entonces fui yo al teléfono, al dictaminar tú su muerte. Yo no le toque, entonces. Mientras llamaba, TÚ LE ESTRANGULASTE, y al volver yo, estaba muerto... Un juego perfecto. Como el mecanismo del cuchillo, que trajiste en tu bolsa de deporte, montaste tras Oxley, tu hermanastro, y recogiste luego, llevándotelo bajo tu gabardina. Un simple resorte pequeño, pero elástico y fuerte, que lanzó el cuchillo hacia Oxley, a determinada hora.

Tú llamaste, distrayéndome para que no estuviera yo presente y viera funcionar el mecanismo...

—Muy inteligente. ¿Bastará eso, Dane?

—Bastará, sí. Eso y todo lo demás, Hy. Tu envío de una caja de cigarrillos a De Wolf, con una aguja plástica que producía la herida mortal, y luego se diluía, derritiéndose en pocos momentos, tras pinchar a su víctima... He ofrecido esa posibilidad a laboratorios, y la han comprobado. Hay huellas de ello en la caja de cigarrillos... Y es regalo tuyo. Será fácil comprobarlo.

—Te felicito. Brillantes deducciones, Dane.

—No había otras posibles. Cuando di vueltas y vueltas, hallé esa única solución posible, Hy. Le di más vueltas y fui dándole forma. Tus tarjetones con mensajes, me dieron otra clave. Los tuyos eran escritos a máquina, no manuscritos... Los hacías tú misma, con rapidez, fingiendo hallarlos en casa. Eran diferentes a los demás.

—¿Alguna otra cosa? Yo no maté a Vaughan, por ejemplo...

—No. Pero enviaste a tu socio, a Lawson. Entonces, le mató Vaughan, para salvarse, pero luego, prefirió morir, al comprender el complot que se avecinaba, dejando así a su esposa libre de todo peligro futuro, puesto que ella no podía heredar sus fondos colectivos de «los siete»...

—Entonces, caso concluido —sonrió Hy. Y extrajo una pistola con la que nos encañonó a Belinda y a mí—. Felicidades, amigo Dane. Lástima que tenga que mataros a ambos para borrar toda huella acusatoria...

—¿Por qué a ella? —señalé a Belinda.

—No puedo hacer otra cosa. Sí, Dane, busqué verte de nuevo. Todo era planeado, para ir a los sitios adonde tú fueses... Para preparar cada plan, dándole el aire fantástico de una serie de crímenes imposibles. Siempre me ha gustado la fantasía, lo irreal... Me divertía con todo ello. Y obtenía mi sueño dorado: el dinero que debía de llegar a pertenecerme un día...

—Creo, Hy, que tu mente no funciona demasiado bien —suspiré—. Lo siento por ti...

—No lo sientas sino por ti y por tu bonita secretaria —se mofó ella—. Los dos vais a ir al infierno ahora mismo...

Alzó el arma. Tenía silenciador. Iba a asesinarnos a ambos allí mismo. En ese momento...

Belinda fue muy valerosa. Y muy oportuna.

Nunca creí que tuviera fuerza suficiente para alzar aquella máquina con una mano, súbitamente, y arrojarla de modo violento contra la cabeza de Hy Henreid.

Ella gritó, se disparó el arma... y sentí un estrépito formidable de vidrios rotos a mis espaldas. Miré atrás, viendo destrozada la ventana. Pero eso era todo. Entre tanto, Hy caía, inconsciente, con una brecha sangrante en su cabeza.

Me precipité sobre ella. Le quité el arma. Miré con gratitud y admiración, a mi secretaria. Hy tuvo razón. Era bonita. Ahora, más

bonita que nunca.

—Belinda, llamé a la policía —pedí—. Luego... luego, dígame si quiere venir conmigo a cenar y bailar en alguna parte, para olvidar este desagradable incidente.

—Sí, jefe —sonrió ella, mirándome risueña—. Acepto.

—Bravo. Mañana, recuérdeme que le suba el sueldo, muchacha...

Vaya si me lo recordó. Para entonces, Hy estaba esperando en la enfermería de la prisión el mandamiento judicial para su procesamiento. Los sueños se habían venido abajo, como un castillo de naipes. Lo sentí por ella. Pero nada podía hacer.

Subí el sueldo a Belinda. Lo merecía. Pero lo cierto es que cada vez me daba más cuenta de que tenía una secretaria encantadora y llena de atractivos. Quizá subirle el sueldo no era suficiente para retenerla a mi lado largo tiempo.

Opté por otra técnica, esperando que diera resultados. La puse en práctica días más tarde.

Y también resultó.

Belinda aceptó mi nueva oferta. Y ahora, es la señora de Dane Osborn, el mejor detective privado de la ciudad.

Debo confesar, asimismo, que ella es también la más bella mujer que un detective privado de Nueva York tuvo jamás...

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



NOTAS

[1] Neil Armstrong: primer astronauta que pisó la Luna, en 1969.

< <

[2] Alude a «Misterio en el cuarto amarillo», de Gastón Leroux. < <